



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>

Pereira y Medina - Chismes
Carcajadas - 1902

SAL
407
23.100

WIDENER



HN YEY8 1

SAL 407.23.100

HARVARD COLLEGE LIBRARY
CUBAN COLLECTION



BOUGHT FROM THE FUND
FOR A
PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF
JOSÉ AUGUSTO ESCOTO
OF MATANZAS, CUBA

SA 1-151.01

Chismes y
Carcajadas

POR

Manuel Pereira y Medina.



MATANZAS, CUBA.

IMPRENTA "EL ESCRITORIO," GELABERT 42.

1902.

SAL 407.23.100

HARVARD COLLEGE LIBRARY

2

MAY 3 1917

LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND

Escoto Collection

N

CHISMES
Y
CARCAJADAS



DOS PALABRAS. [*]

A tí, querido lector, que aportas el *equibus* para obtener este libro, complaciéndome y salvándome del compromiso contraído con la Imprenta; á tí, ¡oh! noble portador de las *dos pesetas*; sólo á tí dedico mis elucubraciones estampadas en esta obra. ¡Ojalá te diviertas con su lectura! ¡Ojalá seas feliz leyendo CHISMES y ARCAJADAS! Y si llegase á reimprimirse, (¡que lo dudo!) espero, amable lector, que te mostrarás propicio á las ediciones futuras.

Manuel Pereira.

[*] Léase *DOS PESETAS*.



PRÓLOGO.

DOS meses hacía que se estaba imprimiendo esta obra, y cuando llegó la hora de darla á luz, advertí la necesidad del prólogo. Recordé que tenía un amigo literato que podía sacarme del apuro, y, con los originales debajo del brazo, me dirigí á su morada. Saliendo por la puerta estaba, y yo, al verlo de lejos, le grité:

—¡Hoy doy á luz, amigo Gil! y vengo á que me auxilies.

—¡Cómo!—me dijo—¿también tu esposa?.....

—¡No, hombre!—le repliqué ya junto á él—se trata de mis CHISMES Y CARCAJADAS.

—Ah!.....Pues me es imposible ahora.....

Figúrate que mi señora quiere alumbrar, y voy como tú, en busca de una partera que la asista. Pero no te desconsueles, ven conmigo. Justamente al lado de la comadrona que voy á buscar, vive nuestro amigo el poeta Meloni, y éste te servirá.

Nos dirigimos á aquel lugar y al poco rato mi amigo entraba en casa de la partera y yo en la de Meloni. Este, no bien oyó mi solicitud, se disculpó diciéndome que hacía fecha había dejado la literatura por la política, y que por ese motivo no podía hacerme el prólogo; pero que me presentara en su nombre al literato Maicena, quien me lo escribiría. Despedíme en seguida, y ya en la calle, volví á encontrarme con mi amigo Gil, á quien relaté lo ocurrido.

—Yo tampoco he logrado mi objeto— me contestó—la comadrona está ausente; pero.....¡ahora recuerdo! Al lado de Maicena á quien tú vas á ver, vive una señora que ejerce la *parterapia*: vamos, pues, hacia allá.

Echamos á andar á trancos, porque Maicena vivía en el extremo Sur de la ciudad y nosotros nos encontrábamos en la parte Norte. Al fin llegamos; yo entré en casa del literato. Este, al enterarse de mi deseo, se puso rojo como un pimiento morrón y me dijo:

—He resuelto no cojer la pluma en mis manos nunca más. ¿Ve Vd. esa tonga de libros? Es mi colección de poesías *Vigiritas y Gorriones*, que dí á luz el mes pasado.....No he vendido un tomo! ¡Y he roto para siempre con las letras!.....

Ante tal actitud ¿qué iba yo á hacer? Recogí mis manuscritos que había puesto sobre el bufete y salí de la casa como alma que lleva el diablo. Ya en la calle, me dí de manos á boca otra vez con Gil que desesperado, salía de casa de la partera.

—¿Y qué?—me dijo.

—¡Qué no hay quien me ayude á parir!

—Ni yo hallo quien auxilie á mi esposa. Parece que hoy se han puesto de acuerdo todas las matronas, y no hay partera que no esté en un lance.....

No quiero cansar al lector con una serie de relatos semejantes; pero sí le haré saber que me pasé todo el día visitando literatos, sin lograr que ninguno me escribiera el prólogo de este libro.

Al obscurecer volví á encontrarme con mi buen amigo Gil.

—¿Has encontrado comadrona? — le pregunté.

—No, chico, y ando loco. ¿Y tú, hallaste prologuista?

—Nada, chico; he visitado más de diez poetas y veinte y ocho prosistas: todos me niegan su concurso.

—¿Y que haré yo?

—¿Y yo que haré?..... ¡Nada! que mi libro saldrá sin partera y tu señora dará á luz sin prólogo.....

—¡Hombre, se me ocurre una idea salvadora para los dos!

—¿Cuál?

—Que tu esposa vaya en auxilio de la mía, mientras yo te hago el prólogo.

—¡Salvadora idea! ¡Y que tal cosa no se nos ocurriese por la mañana! Nos hubiera ahorrado tanto trajín.

Decíamos todo esto andando al galope

hacia la casa de Gil. Mi amigo iba sofocado é impaciente, creyendo, tal vez, encontrar cadáver á su consorte.

Llegamos, pues, á la casa, y ¡qué sorpresa! su *angelical* suegra lo esperaba en la puerta para darle la noticia del alumbramiento feliz que había efectuado su esposa.

—¡Ay! *Manolo*—me dijo—¡qué dicha tan grande! ¡y varón, chico, ¡¡varón!!.....

—Me alegro muchísimo de tu felicidad, Gil; pero ahora es menester que yo también sea feliz. ¡A ver ese prólogo!

—Es verdad chico, es verdad, te lo prometí; pero ¿cómo hacerlo ahora teniendo la cabeza como un volcán?

Mi amigo meditó un momento, y después me dijo:

—¡Soy el hombre de las ocurrencias! Te has salvado en el último tren, *Manolo*!

—¡Veamos, veamos!

—Pues, amigo querido, como prólogo de tu libro pondrás un relato de lo que hoy nos ha pasado, y nada más.

—¿Tú crees, Gil, que esto encaje bien en mis CHISMES Y CARCAJADAS?

—Seguro, segurísimo; al público agradará más leer esto que un prólogo que, como todos, habría de ser monótono, confuso y mentiroso.

—Tienes razón; pero hacer yo el prólogo y firmarlo no me parece bien: tú sabes que la firma es el todo de los prólogos.

—Pues no lo firmes, chico, escríbelo y ponle al pie con letras bien grandes:

Juan Lanas.





INTRODUCCIÓN.

A publicarlo este libro, que he bautizado con el nombre de CHISMES Y CARCAJADAS, lo mismo que si se me hubiese ocurrido ponerle *Pan con mantequilla* ó *Café con leche*, no me ha guiado otro fin que la esperanza de ver si después de pagar religiosamente á la casa Editora la cantidad estipulada, queda para mí, libre de *polvo y paja*, la modesta suma de *quinientos* ó *seiscientos* pesos en plata del *antiguo régimen*.

No crea, pues, el lector, que el egoismo fué el que me movió á publicar este libro, para con él, hacer un negocio pingüe. Y mucho menos para hacer alarde de *reputación* literaria. Ya he dicho que me conformo con una *modesta ganancia*. Y respecto á lo segundo, mis trabajos lo mismo en prosa que en verso, han alcanzado siempre, en el fértil campo de las letras, una *envidiable acogida*. Queda, por lo tanto, demostrado, que no voy en busca de fortuna ni de gloria literaria.

Y ya que ha llegado la santa hora de *siluetarme*, os diré, á grandes rasgos, pero sin apasiona-

miento y sin ofender á mi abuela, que soy un *chico* muy conocido por mis *producciones* en el Orbe entero, y sobre todo, en esta culta población de donde nunca he salido; y que no hace mucho tiempo me fué conferida, por la gran Exposición de Búffalo, una medalla de plata, por mis *valiosísimos* trabajos publicados, como Gacetillero, en el extinguido periódico local *El Republicano Federal*, que con tanto acierto dirigió mi consecuente amigo Dionisio Rossié, y cuyo periódico, dicho sea de paso y en honor de la verdad, *murió* porque tenía muchos suscriptores que lo leían y no lo pagaban.

Y habiendo demostrado de una manera que no da lugar á dudas, errores ni malas interpretaciones, que el solo objeto de publicar CHISMES Y CARCAJADAS fué porque creí ganarme una *modesta* suma, doy por terminada esta cuestión, digo, Introducción, que no es otra cosa, aunque lo parezca, que un modo hábil de introducirme por los derroteros que me conducen al puerto salvador de las *dos pesetas*, las cuales, ¡oh, lector querido! ya me habrás abonado, pues no creo que sin ese *requisito indispensable* poseas este libro; pero si por una de esas grandes casualidades de la vida yo he dejado de cobrártelo, ó se te ha olvidado pagármelo, acuérdate que soy siempre tu fiel amigo que no te olvidará.....

EL AUTOR.





TRES ERAN TRES.....

ES un hecho probado que el hombre encuentra siempre lo que busca..... Hay quien se empeña en encontrar defectos en los demás y aun en los más perfectos ciudadanos halla algo malo; otros quieren verlo todo color de rosa, y no hay nada que no lo sea, pues encuentran hermosa á una mujer que por todos los lados es fea, sabio al ostenciblemente bruto, pródigo al tacaño, y así todo. Esto sin contar con los que quieren reformarlo todo, y tanto en el orden físico como en el moral, *meten la pata á título de sabios.*

Algo, al fin, sacan estas personalidades de tales inclinaciones, pues acaban por volverse cada cual *uno de tantos*; esto es, que quien busca defectos, acaba por ser defectuoso; el que hermosea ó embellece á otros, acaba por embellecerse y agradarse á sí mismo; y el reformador de todo, como todo lo contradice, concluye por convertirse en *espíritu de contradicción.*

Tales son los tres personajes de esta verdadera historia, los cuales me permito presentar á mis benévolo lectores, á saber:

Don Sisebuto Sabelotodo,
Don Antonio Metelasgordas y
Don Melitón Camacho.

Ahora oigámoslos dialogar en la tertulia de Don Feliciano, donde sin dar producto alguno al amo de la casa, pasan el día *domando* media docena de taburetes de cuero, que tiene siempre á disposición de sus amigos el referido don Feliciano.

—¡Estoy admirado!—dice Don Sisebuto.

—¿Qué pasa?—pregunta Don Antonio.

—¡Hombre! que ese cajero que parecía tan honrado se ha alzado con los fondos del Banco.

—¿Qué cajero?

—Merenguito Emplato.

—No lo creo; ese muchacho es muy formal.

—¡Vaya que si lo es!—dice D. Melitón—y en cuanto á que él haya robado algo, nadie lo podrá creer.

—Pero si me consta, caballeros, que se ha fugado con los dineros.

—¡Ca, hombre, ca! eso es imposible..... ¡un muchacho que es un modelo de virtud!.....

—No, Don Antonio, no se fíe Vd.—dice Don Melitón—que donde menos se piensa salta la liebre.

—Pues no será así; pero aquí está el periódico que lo dice: lean ustedes.

Don Sisebuto saca un periódico; leen la noticia, y ambos contendientes quedan estupefactos y silenciosos.

—Los he vencido—dice Don Sisebuto riendo á carcajadas—¡si conmigo no hay quien pueda! yo siempre doy en el clavo; así son todas las cosas que ustedes pretenden saber, y porfían para luego darse por vencidos! Desengáñense, yo soy invencible.

La verdad es que Don Sisebuto había ganado la partida, y que Don Antonio y Don Melitón estaban corridos, y ambos se prometían rabiosamente en otra ocasión tomar la revancha. Por eso Don Antonio dijo:

—¡Hoy he pagado ocho mil pesos oro!..... Compré no hace un mes, una mula americana que es lo mejor que paren yeguas: ocho cuartas, marcha y trota, y ella sola es capaz de cargar cincuenta sacos de azúcar.

—No será tan buena como una que yo tuve— dijo Don Sisebuto—¡Qué animal! sólo le faltaba hablar.

—¿Y cuánto le costó la suya? preguntó Don Antonio.

—Cincuenta centenes.

—Pues mire Vd. lo que es no saber comprar: la mía que vale más que la suya, me costó solamente siete centenes.

—Así y todo—dijo Don Melitón—no cambio yo ni por la una ni por la otra mula, mi perra *Sisobra*. ¡Ese sí que es un animal que sabel!

—¿Más que mi mula? no lo creo.

—Ni que la mía tampoco.

—Y.....¿qué ha hecho la mula de Vd?

—¿Mi mula? exclamaron los dos á la vez.

—Mi mula—Dijo Don Sisebuto—es un animal muy *sabibundo*. Un mes antes de yo venderla, iba montado en ella, y al pasar por el puente de *San Luis* vió una tabla rota y dió un brinco de tres varas, salvándome la vida, pues si no lo hace así, caemos los dos al río.

—¡Hombre, hombre!—dijo riendo Don Anto-

nio—¿y á eso llama Vd. saber? ¿Pues qué dirá Vd. de mi mula que iba el otro día desbocada con el carretón del almacén, y al ver que en el medio de la calle estaba un niño de dos años gateando, se detuvo, cogió con la boca al pequeño infante, lo puso en la puerta de una casa, y después siguió á escape.

—¡Vamos, don Antonio, esa es muy gorda!

—¿Gorda?—dijo don Antonio sacando un periódico del fondo de su graciento bombín—pues lean aquí.

—Sí, es verdad; pero eso dice el periódico que sucedió en Chicago.

—¡Qué Chicago ni Chiméol! eso pasó aquí en la calle de Independencia, y poner ahí Chicago fué equivocación del cajista, que son todos unos mentirosos.

Ellos se quedaron callados, y Don Antonio muy satisfecho porque le había cobrado á Don Sisebuto la que anteriormente le había hecho.

—Todo será verdad, señores,—dijo Don Melitón—pero ni lo de la mula de Don Antonio, ni la de Don Sisebuto, vale la pena al lado de lo que hizo mi perra con mi difunto hermano (que en la la gloria esté) la víspera de su matrimonio.

—Y ¿qué hizo su perra, Don Melitón?

—Pues ahora lo sabrán. ¿No han oído ustedes hablar del temporal de San Agustín, del cordónazo de San Francisco y de la tormenta del setenta?

—Sí, sí;—dijeron los otros.

—Pues ese día venía mi hermano de la Vuelta Abajo hacia mi casa que estaba cerca de Canímar. Al llegar á Punta de Maya, un kilómetro antes, la

perra que lo acompañaba, se paró en dos patas y empezó á ladrar, y ladra que ladra, se le tiraba encima y lo quería detener como diciéndole: *¡vuélvete atrás!* Pero mi hermano que tenía mucho genio y era como el toro, que diciendo *palante* no retrocede, seguía caminando. Al fin, tanto insistió la perra y se le echó encima, que él malició y dijo: *esto es un aviso, volvamos pa trás.* Así lo hizo, y cuando volvió á andar hacia de donde venía, la perra, más alegre, ladraba y corría, y él corría también. Y ¿qué creen ustedes que era? Que el mar se había *salío* de madre y venía invadiendo la tierra, y si no fuera por lo que corrieron, los alcanzan las olas y los ahogan. ¿Díganme ustedes si eso es saber como gente ó no, y si hay mula que pueda hacer otro tanto?

—¿En qué año—preguntó Don Sisebuto—dice Vd. Don Melitón que sucedió eso?

—Cuando el temporal.....

—Yo creo que leí esa historia—dijo Don Antonio—no recuerdo en que libro.

—Pues sepa Vd. que eso no es cuento, Don Antonio. Aquí traigo la carta que mi hermano me escribió después del suceso.

Don Melitón sacó una carta muy rota y sucia del bolsillo trasero del pantalón, que leyó en voz alta y en donde se refiría el hecho.

El auditorio tuvo que darse por vencido, y Don Melitón muy satisfecho, guardó su carta, sacó un tabaco de á dos centavos, lo encendió y dijo á la reunión:

—Ahora, cuando quieran ustedes lucir sus gracias, vuelvan con cuentecitos conmigo.

Al oír esto Don Sisebuto y Don Antonio se levantaron, y sin decir adiós echaron á andar por distinto rumbo.

Viendo Don Melitón que se quedaba solo, se despidió de Don Feliciano y salió á la calle muy satisfecho exclamando:

—¡Hoy los he vencido! mañana volveré bien preparado, y á la primera cosa que me cuenten ¡paf! les canto como un *sinsonete* y los vuelvo á reventar.

Cuentecitos á mí, eh?





¡Inglés en tres lecciones!

HASTA hoy la mayor sorpresa que se había dado al público respecto á la enseñanza del idioma inglés, fué anunciar ésta en veinte lecciones. Hoy Mr. Isidore Wintercold ha causado gran expectación con su anuncio que dice así: *¡Venite, Picolini, al aqua dolce! ¡inglés en tres lecciones!* y cada lección quince centavos, moneda americana!

Mister Isidore ha roto con la Pedagogía moderna: su plan de enseñanza, según él dice, obedece al orden Zoológico. Y de ahí que pueda transformar el lenguaje de cualquiera en el que se propone enseñar.

La primera lección, es una alocución canina. Los discípulos gastan una semana en los ejercicios, que no son otros que imitar las genuflexiones y demás excesos de siete perros hambrientos, de diferentes razas, que el maestro tiene convenientemente adiestrados. Claro está que la primera lección deja á los discípulos profesores en el arte de *ladrar*. La segunda lección, es de otro orden, pero siempre bajo

el plan Zoológico. Los discípulos pasan á otra aula, consistente en un corral donde se hallan gallinas, que cacarean, pavos y guanajas que graznan, y en fin, un gran número de aves acuáticas y terrestres que han de servir de modelo á los discípulos para toda clase de silvidos y gorgogeos tan peculiares de la lengua inglesa. En este segundo curso, el estudiante hace como el guanajo y el ganso, canta como el gallo y hasta le salen plumas á veces.

En resumen, que á la semana siguiente, todos, incluso el maestro, entran en el aula magna donde terminan los estudios. Esta es una gran caballeriza. Caballos, burros, mulas y cuantos cuadrúpedos existen y que con altisonantes ecos expresan sus pensamientos, sirven allí de modelos al afanoso estudiante. Rebuznar; pero rebuznar con maestría, ésto es lo que allí se aprende.

Con esas tres lecciones que se pagan adelantadas, dá Mister Isidore por terminada la enseñanza.

El resultado de este sistema es palpablemente bueno. Pues aunque los discípulos de Mr. Isidore no llegasen á hablar bien la lengua bretona, llegan sí, á ladrarla, rebuznarla, y cacarearla, lo que es bastante para lograr un puesto en las oficinas del gobierno interventor. ¿Cuántos no hay en dichos lugares que no hacen otra cosa que ladrar, rebuznar y cacarear en inglés?.....

Mister Isidore merece que lo coronen con..... una ristra de ajos por su invento y por su sabia gramática.

Oh! Picolini, venite al aqua dolce! es decir, ¡ven-gan, discípulos comebolas!



UN CUENTO.

A HESQUIO GOMEZ.

EN la sacristía de la Iglesia de un pequeño pueblo de Vuelta Abajo, cerca de Alquízar, se presentó hace años (supongo yo) un señor de mediana edad, (pero que parecía más viejo porque la miseria que venía pasando era terrible) preguntando si era verdad que allí solicitaban una persona para que hiciera *el papel de el crucificado*, el Jueves Santo, á lo cual contestó el cura afirmativamente.

Pocos días después volvió mi hombre á la referida Iglesia á ver al cura y á convenir en el precio.—«Yo no puedo dar á Ud. más que seis pesos» —dijo el cura—«ya ve Ud., hermano, que este pueblo está casi destruido, y que la situación para todos es desesperada á consecuencia de la guerra.»

En vista de las razones que acababa de exponer el buen sacerdote, quedó conforme el hombre, que por seis pesos se prestaba á ser crucificado.

Dos días después (Jueves Santo) estaba aquél en unión de otros más en el citado templo, haciendo los preparativos para ser amarrado en la cruz y colocado en el altar mayor.

Terminada esta operación, las puertas del templo quedaron abiertas; oyóse el ruido de la matraca y el pueblo entero acudió á la casa de Dios.

El silencio sepulcral que reinaba en aquel sagrado lugar, fué interrumpido por una señora en cuyo rostro llevaba las huellas del sufrimiento, quien cayendo de rodillas al pié del altar mayor, gritaba:

—¡Señor mío Jesucristo, ten piedad de mí!... ¡Sálvame, Dios mío!... ¡Arráncame de esta situación!... ¡Concédeme cien pesos para remediar las necesidades de mi familia, que hoy sufre con cristiana resignación los ataques de la más espantosa miseria!... ¡Aunque no sean más que cien pesos, Señor mío!... ¡Lo que te pido no es mucha cosa!.... ¡Son cien pesos nada más!....¡¡¡Concédemelos, Dios mío!!!...

El hombre que tan admirablemente desempeñaba *el papel* de Jesucristo, no pudo resistir más y, rompiendo la soga que lo ataba, dijo en voz alta: Señora, ¿Usted quiere hacerme el favor de no molestarme más?...—Cómo quiere Ud. que le dé cien pesos, cuando yo no gano más que seis?....

.....

Demás está decir que el templo quedó completamente vacío. Los hombres y las mujeres corrían como venados, sin mirar para atrás. El pueblo no se daba cuenta de lo que ocurría. El cura estaba *rabioso* por lo que había sucedido; cogió un palo y la emprendió con el *segundo Jesucristo*, quien fué *crucificado* de verdad....

Y colorín colorado!



GARTA PERRUNA.

Enérgica protesta.

Sr. Juan Peña Delgado.

Director de *El Tipógrafo*.

Ciudad.

Muy apreciable y distinguido Sr.: los que suscribimos, mayores de edad, con instrucción primaria, al abrigo de personas pudientes que nos dan cuantos gustos apetecemos, domiciliados en esta ciudad yumurina, visitada hace poco por un considerable número de maestros y maestras de la Habana, que han ratificado nuestra cultura, desde las preciosas *Cuevas de Bellamar* hasta el pintoresco *Valle de Yumurí*, provistos de correspondientes *chapas*, (nosotros, no los maestros) protestamos enérgicamente contra la severa medida que pronto llevará á la práctica el Sr. Alcalde Municipal, para la ex-

terminación anticatólica y absoluta de nuestros desamparados y hambrientos compañeros *callejeros*.

Sí; protestamos, señor Director, con fieros la-
dridos, porque esa medida es un atentado que des-
dice mucho de la cultura de esta población, de la
que hacen galas los hijos de la ex-«Atenas de Cu-
ba», como se le llamaba á Matanzas cuando se ama-
rraban á nuestros bisabuelos con longanizas y no se
las comían porque siempre estaban satisfechos. En
ningún país civilizado, donde se respire *un algo* de
atmósfera libre, se atropellan á los pacíficos ciuda-
danos. Nuestros aludidos compañeros no hacen
daño á nadie á pesar del hambre que les devora.
Díganos el Sr. Alcalde si conoce, desde que está
en el poder, algún caso de rabia ocasionado por
mordeduras de compañeros nuestros. Ellos pu-
lulan por esas *limpias* calles en tranquila actitud,
con el exclusivo objeto de encontrar un descarnado
hueso (cosa difícil en estos tiempos) para compar-
tirlo con sus esposas é hijos que están imposibili-
tados de buscar, como Dios manda, *el pan-hueso de cada día*. Muchos de nuestros compañeros están
dedicados, sin perder un minuto, á registrar mi-
nuciosamente todos los cajones, latas, barriles, &, &,
que se hallan con basuras en la vía pública, y no
encuentran una sóla *deshauciada* alpargata que le
sirva de mero entretenimiento á sus ociosas mue-
las.....¡Infelices! ¡Qué situación tan terrible!.....
Nosotros, que estando al abrigo de personas ricas,
nos quedamos muchas veces sin poder atrapar
un hueso.....¡qué no les pasará á esos pobres, des-
heredados de la suerte, que sólo cuentan con los
descuidos de las cocineras que, muy contadas ve-

ces, arrojan á las basuras algún *mueble comible* que calme el hambre canina de nuestros infelices compañeros!.....

Acudimos á Vd., señor Director, en su calidad de digno representante del Consistorio matancero, y por el espíritu de justicia que prevalece en todos sus actos, abrigando la seguridad de que nuestra protesta ha de ser atendida y secundada por Vd., á fin de que la *jaula-capilla* sea destruída inmediatamente, para que no recorra las calles de esta población, aprisionando á nuestros compañeros para ser sacrificados á las veinte y cuatro horas de su captura.

Nuestras esperanzas de triunfar no se perderán como se pierden, en proporción al noventa y nueve por ciento, las expediciones que van en busca de gloria al Polo Norte quedando sepultadas entre inmensas paredes de hielo.....¡Hielo!¡Qué frío recorre, eléctricamente, por nuestras venas, cuando pronunciamos la palabra hielo!....Y pensar que si no se evita el futuro *exterminio perruno*, serán *helados*, por la muerte, nuestros congéneres, los cuales ¡ay! serán sacrificados en aras.....de la voluntad del *inhumano* Alcalde Municipal.

Si por desgracia, señor Director, se cumpliera tan fatal sentencia.....¡jau! ¡jau! ¡jau!.....entonces sabrá el Alcalde lo que somos y valemos cuando se trata de nuestros conciudadanos; muchos creen que somos carneros porque llevamos lana y se equivocan medio á medio. El Alcalde llevará á cabo su resolución, no lo dudamos; pero le aconsejamos que se cubra de acero desde la cabeza á los piés, porque de lo contrario, á mordidas nos

lo comeremos vivo: cada uno de nosotros será un enemigo terrible que lo perseguirá por doquiera.

Menean la cola y lamen respetuosamente las manos de usted S. S. S. —*Lili.* — *Enmienda Platt.* — *Mono.* — *Cuchongo.* — *Leal.* — Por la traducción.

M. PEREIRA.

Septiembre 8 de 1901.





UN VATE DEL ORINOCO

6

EL AMOR EN VERSO.

Por tratarse de una amiguita mía, muy apreciable por cierto, la Señorita Ricarda Confites, me veo precisado á tomar *en consideración* un *alumbra-
miento* poético que, en uno de los periódicos de *Quimbombó*, dió á luz hace poco el amantelado vate D. Epifanio Pechuga. Pero antes de entrar en materia, tómese el lector la molestia de leer lo que escribió el referido señor Pechuga.

A RICARDITA.

¿Por qué me huyes, Ricardita;
Si yo no soy una abeja.
Que te quisiera, maldita;
Picarte en una oreja?

Yo soy el relámpago ardiente
Que va de tí, niña en pos,
Y tú eres nube que huye
Por esos cielos de Dios.

Yo soy la luz que te enciende
Y brilla sobre tu cumbre,
Y tu, huyendo de mi lumbre
Mas en el fuego me prende.

No me mates, mi sirena,
Con tu desdén fiero y justo,
Déjame alcanzar tu busto,
No huyas más de mi colmena.

Epifanio Pechuga.

Justo es, querido lector, que el hombre se enamore; que corra tras el objeto amado aunque sea en bicicleta ó á caballo; que la aceche por todas partes y que le hable de su pasión; que de no poder lograr tales cosas, apele al teléfono, al telégrafo, á la telegrafía sin hilos ó á la epístola, que lleva impresos ó escritos los pensamientos; pero que ocurra á la prensa periódica y se transforme en hijo de Apolo falsificado y se desahogue en público, ya eso es más de lo tolerable, porque resultan lesionados, en tercer término, muchos individuos. En el caso presente, el señor Pechuga no tan sólo ofende al sentido común sino que, como habrá visto el lector, después de ponerse en ridículo llamándose *relámpago ardiente, abeja maldita, luz que te enciende, y colmenar*, llama á mi amiguita, *nube que huye, que tiene cumbre, sirena que mata, busto, &., &.,* asegurando por segunda vez que ella *huye*, todo lo cual es completamente falso, querido lector. Ricardita no es nada de eso que dice Pechuga, ni tiene *cumbre ó corcoba*. Ricardita es una joven de diez y seis años, bella, simpática y encantadora

como las Cuevas de Bellamar, que no quiere *tomar pasaje* en la barca del amor del señor Pechuga, por la sencilla razón de que el *vate* es una persona que le desagrada muchísimo.

No es mi objeto desacreditar ni ofender á Pechuga; pero sí deseo que siga estos consejos al pié de la letra:

Que suelte el arpa ó *arpón* que tan mal suena en sus manos; que desista de enamorar á Ricardita á quien sus versos dan dolores de muelas; que no haga más centinela en la esquina de mi casa, ni patée sobre las baldosas; que ponga la proa de su barca hacia otro rumbo; y si el amor lo ha vuelto loco, que se dé con la pared en la cabeza para que le vuelva el juicio.

Ah! sobre todo, que no se *inspire* más; y si lo hiciere, que no sea en público como esta vez, que lo haga en *privado* para evitar planchas H.

¡Vaya con el vate del Orinoco!





VIVIR ES LUCHAR.

A la Srta. Carmen Pereira.

EN SU ÁLBUM.

LA vida es un combate. Y si para luchar nacimos, ¿para qué buscar la paz en las ignotas regiones del espíritu?

Si el espíritu es el germen de la existencia, y la existencia subsiste en lucha, y por consiguiente, esperando con anhelo un más allá ¿dónde está la paz de los espíritus? decidme, ¿dónde?

Y es que si penetramos en el jardín de las tumbas, en la Necrópolis, donde buscamos la tranquilidad, el silencio, la paz, allí el espíritu sufre, haciendo latir de dolor nuestro corazón con el recuerdo de los que fueron y amamos, padres, amantes, hijos y amigos. Y ni el follaje se halla quieto, ni el susurro de la brisa deja silenciosa la obscura cripta donde yacen los que fueron, haciéndonos oír algo así como el gemido misterioso del agonizante, lívido y débil, que alestar próximo á bajar á la tumba, el espíritu, el aliento de su mori-

bunda existencia, lucha por no abandonar el cuerpo que, vivo aún, se resiste á abandonar la vida para siempre.

Vivir es luchar: luchar es vivir.

El dolor es ingénito á nuestra vida. Y si durante la existencia, un ángel de amor aspira nuestro suspiro de ternura y de cariño inefable, y el corazón de la mujer amada se siente latir de gozo, y también á impulsos del dolor en las adversidades, lloran con nosotros los ojos de esa mujer, la lucha del amor hace grata la vida aun en los momentos de la eterna despedida; y es dulce la ansiedad de seguir amando, aun en la agonía, si á la hora fatal de la muerte suspira y agoniza en nuestros brazos el bello ángel de nuestro ideal amantísimo, porque entonces, no nos despedimos, no; pues nuestros cuerpos podrán separarse en el jardín de los muertos cuando en polvo se tornen, más el espíritu luchador de los amantes, vá en grata unión al cielo purísimo, donde Dios premia á los que se han amado en la tierra.





¡QUÉ CICLÓN!

El que tiene tejado de vidrio no debe
tirar piedras al de su vecino.

Moraleja.

POR no ser «ponche de leche», el sol que «más calumbra» ó que «más calienta»—como ustedes gusten—determinó, «porque le dió la gana», dejar de aparecer en el «mundo de los vivos» por unos días, ocultando su encendido rostro con un tupido «antifaz» de gruesas nubes más negras que las «almas de los usureros».

Pasaba yo, (que dicho sea de paso, «no me duermo en las pajas», por aquello de que, «el camarón que se duerme.....las costuras le hacen llagas») pasaba, repito, por la «Pila bautismal» de «los cocodrilos grandes», sita en la Plaza de «Armas reales» y á tres cuadras del «teatro de la guerra», cuando me «topé» con el consecuente amigo Juan Félix Buhigas (con «h», tratándose de «asuntos oficiales», y sin «ella» cuando de «otros particulares») quien «ipso facto» me hizo «saber y entender, dándome una palmada en la frente», pues «la letra con sangre entra», y previa delineación de un plano hecho con lápiz por «la mano

negra», que el ciclón anunciado por tal «punto.... filipino», podía hacernos pasar el «susto H», si de él (del ciclón) se desprendía algún «cirrus» ó «cúmulo» acompañado del correspondiente «stratus» con su «rabo de gallo».

Tan «estupenda» noticia me dejó aterrorizado, tembloroso y «maltrecho». Alejéme de Buhigas sin poderle decir adiós, «como Dios manda», y tomé un coche de plaza (sin zunchos) que parecía «un arrastrapanza», que me condujo á mi «casa paterna», en donde tomé, «como mero pasatiempo», una «condimentada» taza de tilo, hervido con agua «cristalina y pura» del manantial de «San Juan», para calmar «á medias», mis nervios. Después me «arrojé, de cuerpo entero», sobre «el lecho del dolor».....Creí que llegaba «el juicio final, á pasos agigantados», y que el mundo dejaría de «navegar por el piélago inmenso del vacío», y dije «para mi capote» después de haberme encomendado al «diablo cojuelo»: «¡é morire tan joveni!».....Dos «lágrimas de cocodrilo» surcaron profundamente mis mejillas.....

Llamé á toda mi «sacra familia» con «la voz de un moribundo»; ordené que trajeran á mi presencia, «la gata de Mari Ramos», «el perro de San Roque», «el pollo de Antequera», dos gallinas viejas «que darían buen caldo», un gallo «bolo», un conejo que perdió «una pata de cabra» en la «batalla de pan duro» y dos palomas «mensajeras», cuyos animales, «dispensando el modo de señalar», son hoy de mi «propia» propiedad, según consta en el Registro «pecuario» y en «mi fé de bautismo». Incorporándome luego en el «lecho de la agonía», «con

ayuda de vecino» (pues en este «pícaro» mundo «no hay hombre sin hombre» por aquello de «ayúdame que te ayudaré») le dije al «cabeza de turco» de mi familia: “Estamos reunidos todos ¿verdad? pues, bien; dígale á «Martín que apague la vela», y nosotros pidámos «á Dios rogando y con el mazo dando», que nos conserve en este «sagrado hogar» de «tabla y tejas», como lo hizo con «Noé» en el «Arca», durante «el diluvio universal», que Buhi-gas me acaba de decir que puede visitarnos un terrible meteoro’’

Bien sea por la fuerte impresión que recibí del discípulo del «Padre Viñes», bien por las fatigas del trabajo diario de perseguir á los «contribuyentes morosos», para buscar «el pan de mis futuros hijos», ó por el estado de mi ánimo, «metido como tres en un zapato», el caso fué que en seguida me quedé dormido como «un lirón», comenzando á soñar tal serie de disparates que me parecía estar despierto oyendo «perorar» al «célebre vate yumurino», conocido en este «valle de lágrimas» con el pseudónimo de «Seboruco» ó «piedra filosofal», y con cuyos títulos, «honoríficos», se dá el referido y nunca «mar-chitaddo vate», «con un canto en el pecho».

Y he aquí mi sueño:

No puedo precisar «la hora fatal», pero sí sé que asistí á una reunión familiar, «puramente de de familia», que se llevaba al «terreno de la práctica», en la «antigua morada» de la «dama de honor», señora «Amalia Batista», viuda de «Heliogábalo» y «tía política» de «la Huérfana de Bruselas», con motivo de celebrar sus natales su hija mayor nombrada «Mercé».

El programa de la fiesta era «un ajiaco á la criolla» por lo variadísimo y lleno de atractivos, como son casi todos los espectáculos «gratis et amore». Una concurrencia numerosa y revoltosa como «olla de grillos», invadía la morada de Amalia Batista. Esta y sus hijas (que «eran tres», como las de «Elena») hacían los honores de la casa, observando con todos los concurrentes las mismas «preferencias» que observan los médicos con los clientes que tienen «pesos duros»; pero «lo cortés no quita lo valiente».....y sea todo dicho en honor de «la verdad desnuda».

Allí ví, en el primer salón, «al que asó la manteca», regamente vestido con «la tela de Penélope»; á «Juan Lanas» sudando «la gota gorda» por bailar el minué con la punta del pié; al «bobo de Coria» sufriendo «la mar y morena» con los zapatos apretados, haciendo creer á «Juan Palomo» que la «Havana cabe en Guanabacoa la bella con sus murallas de guano», y que él sabía «donde le apretaba el zapato»; á «Antón Perulero» con «la espada de Damocles»; á «María, la hija de un jornalero», llorando «á lágrima viva» por habérsele perdido «el anillo de hierro»; á «Don Quijote de la Mancha» y á «Sancho Panza» cantando «la palinodia con voz de trueno», acompañados de «la flauta de Bartolo, la trompeta de la Fama, el arpa de David, los órganos de Móstoles» y el «tambor de granaderos», formando estos instrumentos, «en resúmen» «la música celestial».

En el segundo salón estaban reunidas las personas que «á continuación se expresan»:

«El soldado de San Marcial» diciendo «verda-

des como un templo» á «Diego Corrientes» porque quería «tocar el cielo con las manos»; «Julietta y Romeo» pasando «la luna de miel» después de celebrar «las bodas de Camacho»; «Guzmán el Bueno» contando «las mil y una noche» á «Don Luis Mejía», que «vale dos como dos y dos son cuatro»; «Mefistófeles» con un «chaqué» de «cola pato» que le sentaba «como pedrada en ojo de boticario»; «Pedro Botero» autor de «las cazuelas» del mismo nombre, padeciendo «el suplicio de Tántalo» por haberle pisado el «cayo Espino» á un «motorista», quien le dió «un golpe de estado» en su «cabeza de chorlito» cortándole «el pelo de la dehesa»; «Pero Grullo» charlando con «la voz de la conciencia» con «el inventor de la sopa de ajos»; «Juan soldado» y «el Sargento vidrieras» comentando la muerte del «Moro Muza» en el «campo del honor» por haber comido en la «morada de los muertos», la «manzana de la discordia»; «Doña Ana de Pantoja» con «el rosario de la aurora», acariciándole la «cara mitad» á Don Fulano de Tal y Picapedrero»; el «bobo de Batabanó» departiendo amigablemente con «Perico de los palotes»; «Elio» haciendo un «perfil» á «Merenguito», sobrina de «Doña Petrona tunaverde», muy conocida en «Dale al que no tedá»; «Juan el bobo» confundiendo la danza con el «baile San Vito»; «Bilongo» declarando su «pasión y muerte» á Mercé, la que tenía «puesta la camisa de la Lola»; «el Gran Capitán» con la «carabina de Ambrosio»; «la Dama de las camelias» con una «nube de verano» en el ojo izquierdo y el rostro cubierto con «los polvos de la madre Celestina»; «Miguel Angel» con «los espejuelos de Mahoma» calados hasta «los

mameyes» mirando á todas partes, sin darse cuenta que «el que más mira menos vé»; «Arquímedes» que acaba de llegar de la «Mocha» montado en «la burra de Balaan»; «Juan de las Viñas con la capa del estudiante»; el que inventó «la aguja de marear» cubierto con «el manto de la hipocresía»; Buhigas enseñándole un plano meteorológico al que fué dueño del «gallo de Morón» allá por el año de «Mari Castaña»; el autor del «movimiento continuo» con una corbata formando un «nudo gordiano»; «Don Juan Tenorio» contándole sus «conquistas» á «Don Juan de Serrallonga», quien le decía al «tenorio» que en «cuestiones de amores», nunca falta «un roto para un descosido»; «Juana la loca» cubierta con «la capa social»; las señoritas «Piña», «Mamey» y «Zapote» bailando («aquello era el disloque») el «papalote», con «Lepe», «Lepijo» y «su hijo»; el «manco de Lepanto» metido en «camisa de once varas» al asegurar que el «combate de Trafalgar» tuvo «verificativo» en el «Año de la Nanita» y que él lo vió «con sus propios ojos»; «Masca-vidrios» poniéndose «un vino» en unión de «Nico Nato» que apuraba «la copa de la amargura» hasta «las heces» y hasta hacer «eses», y «Pascual Bailón», «primo carnero» de «Ventura ginebrita», comiendo «el turrón ministerial», limpiándose la «boca de Camarioca» con el «pañio de lágrimas».

A las cuatro de la mañana, cuando los campesinos se ponen á «enyugar los bueyes, por que es hora de fagina», cantó el «gallo de la pasión» el «Ave María», anunciando que la «Aurora....del Yumuri», pronto «alumbrará» á sus antiguos lectores. La «crema» de la aristocracia comenzó á «evacuar»,

dando «gracias mil» á la señora «Amalia Batista», que tenía en aquellos «momentos supremos», más «pintura clásica» en la cara, «que ajonjolí dan por un peso, moneda corriente».

A la salida del baile discutiendo «acaloradamente» el «Capitán Araña» con el «Enano de la venta», sobre si «las carboneras», «hijas naturales» de la «siete mesina» «Enmienda Platt», eran ó no convenientes para esta Isla «del diablo», se fueron á «palabras mayores» y de ahí á «las manos», dándole el primero con «el puñal del godo» un «golpe de bolsa» al segundo, partiéndole el «corazón de melón» y «el dedo de la Providencia», por cuyo motivo tuvo que hacer «acto de presencia» el «Alcalde corregidor», quien mandó «acto continuo» á un «portapliegos» á buscar al «Dr. Sangredo» que se hallaba en la «punzadora tuna» asistiendo á «Catana» de un «parto de los montes». Un «tarugo de los caballitos» fué á buscar «las aguas del Jordán» para lavar las heridas del paciente que se hallaba preso de una «fiebre política». El «arma homicida» no fué «habida».

Las «campanas de Tolédo» repicaban en honor de «San Crispín»; la «luna de Valencia» daba su último «¡adiós, Madrid, te quedas sin gente!» á los terrestres, y «el reloj de la justicia divina» marcaba la misma hora en que «ardió Troya», cuando tomé, sin tener «una peseta» en el «porta-dineros», el coche «San Francisco», conducido por «Juan Cajón», atravesando «el camino de la perdición», «la vía láctea», «el sendero de la vida», «el Valle Josafat», «el monte Sinaí» y «el campo de Marte» hasta llegar al «Paraíso Terrenal», en cuyo punto «tomé

las de Villadiego», montando «acto seguido» en el «carro de la desgracia», al cual se le salió «la rueda de la fortuna» por haber tropezado con «las tetas de Camarioca». Allí perdí «el hilo de mi existencia».....

Cuando desperté, mis queridos lectores, me encontré «cara á cara» con el Regente de EL TIPÓGRAFO, quien creyendo que yo había «desaparecido» del mapa ó «del globo terráqueo», vino á «tomar informes» con «el autor de mis días», encontrándome abrazado á un pilar de la cama donde yo duermo «la siesta», del mismo modo que «Sansón» se abrazó á unas de las columnas «mingitorias» del templo de los filisteos para derrumbarlo, demostrando desde entonces con tal práctica, que «la sogá quiebra siempre por lo más delgado».

¡¡Qué ciclón, «Dios mío»!! Afortunadamente estoy «vivito y coleando» como un «pargo de San Rafael» acabado de cojer en un mar de fondo». Por eso es bueno «nadar y guardar la ropa»; pero mejor es «nadar fuera del agua», ¿verdad?

«¡Malhaya» sean los «sabios» que anuncian tormentas «revolucionarias» á los «pobres de espíritu!»

Y.....;basta ya! que «al buen callar llaman Sancho» y en «boca cerrada no entran moscas».





NOTA INSTANTÁNEA.

“**LA** noche estaba hermosa, un aire frío se sentía que molestaba de cuando en cuando,” así decía el autor de una *Nota Rápida* publicada hace meses en un elegante semanario.

Menos mal si el aire frío molestaba solamente *de cuando en cuando*; peor hubiera sido una molestia continua, sin cesar, sin interrupción, sin límites, inacabable, eterna;...supuesto que molestando por intervalos, se gozaban ratos buenos y ratos malos; lo que es muy difícil que suceda cuando sopla un airecito frío, de esos que se cuelean hasta los tuétanos. Cuando el autor encuentre otro aire frío que moleste *de cuando en cuando*, tenga la bondad de anunciarlo á tiempo, para observar tan raro fenómeno.

Dice también que “los instrumentos metálicos (de los Bomberos) lanzaban al aire vibrantes notas que el público aplaudía sin cesar.” ¡Hombre, hombre! ¡qué bonito espectáculo ofrecerían esas notas vagando en el aire, cual fuegos pirotécnicos aéreos! No en vano el público numeroso los aplaudía sin cesar, como si hubiera asistido á las anti-

guas fiestas del Patrono de esta ciudad cuando en nuestra Plaza se quemaban fuegos de artificio.

¿Y qué diremos de esa gran verdad que el padre de *Nota Rápida* nos endilga, diciéndonos lo siguiente?: “La música impresiona; cuando se escucha, las tristezas se olvidan, etc.” ¿Podría decirnos quien tales cosas afirma, qué efecto causa la música *cuando no se escucha*?

Que la música impresiona, es indudable. Y á mí, más, pues cada vez que la oigo, me *impresiono*, de tal modo, que me parece estar debajo de una ducha de agua fría. ¡Miren si me impresiona!

Selecta galantería resulta del trozo que dice: “Grupos de mujeres, como ramos de flores, charlan y se ríen con sus amigos íntimos.” Ya lo saben nuestras pulcras damas y angelicales señoritas (comprendidas todas en la *poética* frase “grupos de mujeres”) que sus conversaciones cultas y ajenas se conceptúan de *charlas*. Y también les conviene saber que se ríen con sus *amigos íntimos*, lo que será un gran desconsuelo para los que no sean amigos íntimos.

“Simpáticos novios se ofrecen sus corazones y sólo cuentan fantasías.” Si los novios se ofrecen así mismo sus corazones, no hay novedad, nadie corre peligro; y si únicamente cuentan fantasías, podemos vivir tranquilos: la realidad queda á muchos kilómetros de distancia. Y, á propósito, ¿podría decirnos el autor de *Nota Rápida*, qué hacían los *novios no simpáticos*?

“Los venenosos al pié de los postes de la luz eléctrica. piropean á cuanta niña pasa, ya sea fea ó bonita”.....

¿Conqué los *venenosos* al pié del coco, digo, de los postes de la luz eléctrica, *piropean* á las niñas, sean feas ó bonitas? ¡Sorprendente detalle! ¿Qué diría la *Comisión de medios y arbitrios* si se enterase que los *venenosos* (¡Jesús!) acuden á nuestra Plaza de *La Libertad* y se *parapetan* al pié de los postes de la luz eléctrica para *piropear* á las niñas?

Lo que diría, ya me lo presumo:

¡¡¡No podemos conceder á Cuba la reciprocidad, porque allí piropean hasta las niñas!!!

En fin, lectores míos, ¡me retiro antes que me *piropéen* con.....*lastre*!





UNA MATANGERA

EN LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO.

Mis deseos de ver el Oriente, aunque fuera en ^{el} sueño, me hizo tomar pasaje en el vapor *Águila*, y después de muchos incidentes marítimos que en otra ocasión relataré, ví delante de mí la tierra de los Faraones, bañada con la espléndida luz del Sol del Oriente. Me encontraba en Alejandría, la puerta del Egipto, un país completamente nuevo para mí y quizás uno de los más antiguos que existe enclavado en la tierra. Muchos botecillos rodeaban á la nave; uno de éstos me condujo á tierra. Mi primer acto fué tomar un carruaje y recorrer las calles de la ciudad más vieja del mundo. Luego visité el Pilar de Pompeyo, situado en una pequeña elevación y próximo á donde estaban edificados los grandiosos obeliscos que hoy adornan los Parques de Lóndres y New York; pero nubes de moscas que existen en aquel lugar y que llenan el aire, posándose en todas partes, principalmente sobre las gentes, las cuales (las de allí) creen que es malo matarlas ó espantarlas, me hicieron salir más que de prisa de aquel sitio.

Tomé el camino de hierro de Alejandría al Cairo, y atravesando lo más hermoso y rico de aquellas regiones, viendo campos de algodón, trigo, cebada y otras mil clases de cereales, recuas de camellos cargados de todas clases de productos y volátiles, llegué al Cairo. Allí no pude menos que recordar á mi querida Cuba, al ver unas hermosas naranjas que, niños medios desnudos, vendían en la Estación del ferrocarril. Suspirando, hice mi compra y allí mismo me comí unas cuantas de dicha fruta, mientras mis ojos contemplaban en el horizonte las hermosas Pirámides que se levantan hacia la derecha. ¡Las Pirámides! Ellas eran uno de los objetos de mi viaje: ver aquellos monumentos ianmortales, atravesando á la vez el lugar donde se encuentra la momia de Ramesis II, el Faraón de la tiranía, después de tres mil años de enterrado.

Entrando en la ciudad del Cairo, la capital de Egipto, llama la atención la construcción moderna de muchas de sus casas, y el abigarrado gentío que llena sus calles. La ciudad tiene cerca de doscientos mil habitantes, en su mayor parte egipcios. Desde el Hotel donde me hospedé se dominan perfectamente las principales calles y caminos. Yo me divertía viendo las personas andar en camellos y borricos, ya hacia fuera ó hacia dentro de la ciudad.

Pobres y ricos, mujeres y hombres van ataviados con trajes toscos y de colores vivos que revelan un gusto pésimo. Una mañana ví á un egipcio que llevaba del diestro un camello sobre el cual iba una hermosa señora, cuyo tipo y traje eran

distintos en todo á los demás. ¿Quién será esa mujer—me pregunté—que como la rosa en medio de las flores resplandece y se destaca de entre toda esa concurrencia? Mas aquello me pareció una ilusión; la pareja se alejó Yo quedé preso de una nostalgia terrible: la figura de la mujer cubana inspirada por aquella dama, me había traído el recuerdo de Cuba á la memoria..... Para combatir mi mal, ordené me preparasen inmediatamente un coche que me llevara á una de las Pirámides. Cambiando de tiro en el camino y haciendo las paradas consiguientes para cruzar las doce millas que separan el Cairo de las Pirámides, llegamos al fin una mañana al pié de la famosa Gizen, cerca del Efige, á la orilla del Gran Desierto. Existen tres Pirámides muy cerca unas de las otras. Después de visitar la que he mencionado antes, pasé á la de Cheps, la cual fué construida cuatrocientos años antes de Cristo. Muy cerca se encuentra el Efige manteniendo su constante guardia sobre las movedizas arenas que cubren los sepultados palacios de la antigüedad. Centenares de personas visitaban á la vez que yo, aquellos lugares. Todos, mujeres y hombres eran extranjeros: alemanes, ingleses, árabes y franceses en su mayor parte; pero que hablara mi idioma, nadie. Yo me recliné en un ángulo de la Pirámide Cheps, saqué mi libro de memorias y me puse á anotar varias cosas. De repente veo que de entre la concurrencia salía una mujer dirigiéndose hacia mí acompañada de un apuesto egipcio. Era la misma que, montada en un camello, yo había visto pasar por el Hotel días antes.

—Dispense Vd. caballero—me dijo—¿habla Vd. español?

—Sí, señora;—le contesté—soy cubano.

—¿Cubano? ¡Ay! yo también lo soy.

—¿Cubana usted?.....

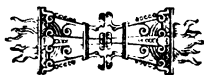
—No puede Vd. imaginarse, caballero, el placer que tanto yo como mi esposo (presentándome al sujeto que le acompañaba) experimentamos en este momento. ¡Dos cubanos en Egipto!

La entrevista fué larga, lector querido, y tan larga, que mientras yo permanecí en tan lejano país, no me separé de aquel matrimonio, el cual, dicho sea de paso, es muy feliz.

¿Cómo un egipcio se casó con una cubana y después la llevó á Egipto? Esto pensé yo y también lo habrá pensado el lector. No pude resistir al deseo de averiguarlo, y he aquí como ocurrió:

La causa de todo fué el vestido que llevaba puesto mi paisana. Este era de una tela tan sencilla como elegante y tan rara como notable. El egipcio vino una vez á Cuba, por casualidad, y vió á tan bella cubana con tal vestido; ante ella quedó fascinado, y aunque por señas, porque no sabía el idioma castellano, la declaró su pasión. Ella tardó en corresponderle, pero luego que supo que era un hombre digno de ella por su cultura y rango social, le amó y se casaron al punto. Una sola condición hizo constar el esposo en el contrato matrimonial: que su mujer aunque fuese á vivir en el Cairo (donde él estaba establecido en la industria de lavar panales) se vestiría siempre con telas de aquella clase. No hubo inconveniente en ello por parte de la novia, y así es que mi paisana no viste como

las demás damas de Egipto, sino como las matanceras, que compran sus telas en la famosa tienda de ropas *La Oriental*, situada en Independencia y Zaragoza, cuyo dueño lo es el simpático Román Cora, quien recibe directamente de las principales fábricas, las telas más preciosas del mundo.





PLEGARIA DE UN AVARO

ERA domingo. La Iglesia estaba llena de devotos que asistían al santo sacrificio de la misa. Voces angélicas entonaban místicos cantares al Dios de las alturas, mientras el grave sacerdote, revestido con sus sagrados y resplandecientes ornamentos, se hallaba en el centro del iluminado altar recitando por millonésima vez las palabras del misal, y repitiendo las genuflexiones y medias vueltas que desde hace cuarenta años venía ejecutando diariamente.

Entre la numerosa concurrencia encontrábase un hombre en el lugar más oscuro de la sombra que proyectaba una gruesa columna. Este personaje tenía el pelo blanco y flechado como púas de erizo, y recortado arrente de su grasiento cráneo, el cual, por el achatamiento, parecía la temible y repulsiva cabeza de un boa; su cara redonda y mofletuda reflejaba un tinte de bermellón, desleído con manteca; sus ojos saltones y negruzcos se asemejaban á los de la lechuza que acecha la soledad para beberse el aceite de las lámparas sagradas; y si bien nuestro hombre revelaba en todo su

exterior suma repulsión y miseria, era un asiduo concurrente al templo y un ejemplar devoto. De cerca olía á estercolero, pero de lejos transcendía á santidad. Era una mezcla repugnante de manse-dumbre é hipocresía, de continencia y rapiña, de honradez y bandidaje.

Cuando el rubicundo acólito hizo vibrar el re-tintín de la sonora campanilla, avisando que ha-bía llegado el momento de alzar, cesaron los mís-ticos cantares y la concurrencia á un tiempo se incorporó cayendo inmediatamente de hinojos, á guisa de una ola que se encabrita para después aplastarse; al ruido de las sillas que se apartan, de los vestidos de seda que crujen y del chocar de las rodillas contra el pavimento, sucedió un silen-cio profundo y pavoroso, interrumpido solamente por los débiles y melancólicos sonidos del órgano, cuyas tristes notas remedaban los últimos queji-dos de un alma al desprenderse del cuerpo.

El hombre de cabeza de boa, de cara de ber-mellón y de ojos de lechuza también se arrodilló, colocándose previamente debajo de las rodillas pa-ra no ensuciar los pantalones y no sentir la dureza de la loza, un especie de cojín que llevaba oculto entre el chaleco y la camisa; y después de haber-se dado repetidos golpes en el pecho, al parecer contundentes en consideración á la órbita que ha-cía describir á su brazo, pero que en realidad su puño fuertemente apretado apenas le tocaba el costillar, cruzó las manos entrelazando los dedos, descansó sobre ellas la cabeza y apoyó los brazos reclinándose sobre el respaldo de un banco, to-mando una actitud tan mística y fervorosa, que

hacía de aquel ente un modelo de humildad y devoción.

¿Qué pensaba en tales instantes? ¿Cuáles eran los sentimientos que cruzaban por su cristiano espíritu y las ideas que desfilaban por su evangélica mente?

El mismo nos lo dirá. Oigamos su plegaria.

—¡Omnipotente Señor de los cielos y tierra—decía mentalmente—que en este instante te hallas en cuerpo y alma ante mí, traído por las sagradas fórmulas que el sacerdote ha convertido en tu carne y espíritu, recibe la gratitud eterna, inmensa y sin igual por los favores que me has concedido! Tú, ¡Dios piadoso! eres mi padre amante, mi ángel tutelar, el talismán de mis éxitos, mi áncora de salvación. Tu poder, tu grandeza y tu sabiduría son para mí, y sobre todo cuento con tu paternal protección, pues sin ella ¿qué sería de mí? hombre sin cultura, sin educación y sin más arte que el de vender sisando y metiendo gato por liebre. Con tu concurso, Dios mío, he adquirido la colosal fortuna que poseo, y la que todos los días aumento bajo tu égida ó protección.

Tú, ¡Dios de misericordia, Padre amantísimo, Esencia de amor!, encendiste la guerra entre hermanos, los cuales se destruían unos á otros, talaban los campos y sembraban la miseria y el luto en la sociedad, á fin de que fuese yo el proveedor de las fuerzas armadas y pudiera obtener, como obtuve, grandes ganancias, suministrando para el soldado pan de yeso en vez de pan de harina, y artículos inferiores y averiados que cobraba como de la mejor calidad. Tú también, ¡Dios milogroso! me

inspiraste la luminosa idea de hacer firmar á mi amigo moribundo, no el testamento que me encargó en el que repartía los bienes entre sus hermanos y sobrinos, sino una escritura traspasando sus propiedades á mi favor en pago de deudas que yo inventé, con cuyo engaño me he hecho heredero de una fortuna de no escasa importancia. Tú también, ¡Dios magnánimo! decretaste la muerte de aquel padre de familia, con el objeto de que la viuda, hostigada por la miseria, tuviese que venderme sus joyas; el oro, brillantes y demás piedras preciosas compradas á esta atribulada señora, me proporcionaron una utilidad de un noventa y cinco por ciento, con la que adquirí una de mis mejores fincas, entre tanto que la viuda tiene hoy que vivir de limosna. Tú también, ¡Dios de bondad! ofuscaste la mente de aquel anciano para que me otorgase poder generalísimo, poder de que me he valido para trasladar á mi nombre su pingüe caudal, de suerte que al morirse el caduco viejo no figure dueño de una peseta, y si sus menores hijos quedan huérfanos, pobres y sin amparo, ya tú, Dios de justicia, les tienes preparado de antemano los Asilos benéficos ú hospitales que se harán cargo de ellos. Tú también, ¡Dios de misericordia! alientas la disipación, el vicio y la holganza, con el santo propósito de que sus víctimas me cedan ó traspasen por una mezquindad sus casas, sus créditos, sus futuras herencias y cuanto posean.

Nuestro ferviente devoto seguía su plegaria enumerando las horrendas infamias cometidas, sin darse cuenta de que la misa había terminado, que la concurrencia había abandonado el local, que ya ha-

bían sido apagadas las luces del altar y que el cura desde la sacristía ordenaba al monaguillo que cerrase las puertas del Templo.

—¡Dios soberano!—continuaba diciendo el avaro—no te olvides ni un instante de éste tu hijo más predilecto. Continúa sin cesar dispensándome tus favores; no me niegues ni un momento tu omnipotente protección; permite que todos los días se me presenten tres ó cuatro negocios en los que logre apoderarme de los bienes que posean mis semejantes. ¡Oh, si yo pudiera llegar á ser el amo de de todas las fincas rústicas y urbanas de la provincia, aunque pudiesen de hambre todos mis conciudadanos, qué feliz, qué feliz sería!

En este momento el monaguillo le tocó el hombro.

—¿Qué negocio traes?—dijo el devoto levantando la cabeza.

—Que el Señor Cura me ha ordenado cerrar el Templo, y no lo puedo hacer sin que Vd. salga—replicó el muchacho.

—¡Ah!..... es verdad—repuso el boa.—Perdona, hijo mío, es tan intenso el amor que profeso á Dios y tan grande mi fervor cristiano, que hallándome en oración me quedo como extasiado. Ya me voy, pero..... dile al Señor Cura si quiere hacer un magnífico negocio: le propongo cambiar la custodia de oro maciso que está en el sagrario por otra falsa, pero tan bien imitada que nadie descubriría el fraude, partiendo honradamente como buenos hermanos la ganancia que resulte del cambio, la cual sería un rico bocado. Advértele que no tengo escrúpulos para entrar en tan fácil y apetitoso

negocio, porque Dios en este mismo momento acababa de inspirármelo.

A pesar de ser el monaguillo muy ducho en robarse las velas de los altares, los dineros de los cepillos y los rosarios de las beatas, quedóse asombrado por lo que acababa de oír.

Nuestro hombre se incorporó, dirigióse á la pila del agua bendita sumergiendo en el líquido santo todo el dedo pulgar, con él se hizo solemnemente la señal de la cruz, inclinó su cuerpo en profunda reverencia ante el sagrario y salió de la Iglesia muy satisfecho, sintiendo el alma fortificada para seguir evolucionando en su vida de buen cristiano.





EL VEGINO GHISMOSO.

HAY personas que se hacen temibles en medio de la sociedad en que viven, como la fiera que merodea en un bosque, y cuyos hechos repetidos dan lugar á leyendas que oyen con espanto los chiquillos, atraen la curiosidad de los extranjeros, y al cabo dan celebridad al lugar donde los realizan.

Una de estas personas es mi vecino don Simón; su lengua es más peligrosa que la uña del lobo y la mandíbula del león. Para él no hay nadie bueno, nadie honrado, nadie virtuoso; la humanidad parece que le inspira horror; y lo mismo se lanza sobre la honra del rico potentado que sobre la del infeliz mendigo.

—Ese es rico—dice—porque robó, si nó él, su padre ó su abuelo, porque no se hacen grandes fortunas con el trabajo honrado.

¿De dónde habrá sacado don Simón que no se puede, con un poco de suerte y buen sistema de vida, trabajando, hacer una fortuna?

Luego, refiriéndose á un mendigo, dice:

—Castigo del cielo. Está pobre y enfermo por-

que es un canalla, y ¡sabe Dios cuántos males habrá causado cuando la suerte lo ha puesto en tal estado!

Pero ¡hombre! don Simón ¿por qué piensa Vd. siempre mal de todos? Un hombre honrado y bueno puede caer en desgracia sin ser malo.

Pero es inútil discutir con don Simón: no oye más que á su corazón que lleno de rabia y envidia le lleva á la boca una imprecación por cada cosa que ve.

Critica al Ayuntamiento, al gobierno interventor, á los Jueces, Policías y hasta á los mismos gobernados, porque para él no hay nadie bueno.

Pero nada causa más indignación á mi vecino que ver que álguien se compadezca de las mujeres.

—¡Las mujeres! siempre dicen ustedes, las pobres mujeres! Pues es lo peor de la sociedad. Sin ellas todos seríamos felices. Las mujeres nos arruinan, nos consumen. Por eso no me he casado. Yo no puedo ver las mujeres. Están sentadas todo el día, *arrancándole el pellejo á todo el mundo*, mientras el infeliz marido tiene que levantarse temprano y salir por esas calles á buscarles cuanto necesitan. Son haraganas y de contra se quejan de los hombres. No, no comprendo como se las tenga compasión. Compadezco yo á los hombres, no á las mujeres.

—¡Será posible, don Simón, que Vd. hable así de su propia familia!

—Yo no tengo familia. Mi familia es una cáfila de explotadores. Yo sostengo mi casa, he dado carrera á mis hermanos, á mis primos y sobrinos;

y hoy, que están todos en el pináculo, ni siquiera me recomiendan para un modesto destino. Son unos ingratos; y por eso digo y repito, que *parientes y trapos viejos, pocos y lejos*.

—Hombre, yo creía.....

—Y esto no le asombre á Vd. Por todas partes no se ven más que ingratitudes. Mire Vd. mi vecino don Luis Esponja, habla mal de todo el mundo, después que ha hecho el capital que tiene negociando sueldos al cincuenta por ciento. El abogado don Vicente Coliflor, tertuliano de don Luis Esponja, que parece tan bueno, entregó á su cliente, y de ahí le viene la posición que ocupa hoy. Y Lino Cafetera, comerciante retirado que Vd. tanto considera ¿no mató á su suegro por heredarlo? Y así todos, todos así; que hay muy poca gente buena; pero Vd. es un inocente. Vd. no averigua como yo á fondo las vidas y milagros de los demás. Por eso le pasan á Vd. ciertas cosas.....

—¿A mí?

—Sí, á Vd. ¿Creerá que no lo sé todo?

—Pero, ¿qué me pasa á mí, don Simón?

—Que ha perdido Vd. la mitad del capital por haberle servido de fiador á su suegro.

—Es verdad.....

—Y que la cosa era fea. Por poco va él á la Cárcel.

—Por Dios, don Simón, no hable Vd. de eso.

—Sí, Vd. está arruinado, yo lo sé.

—Pero, señor, este hombre es el diablo? Todo lo sabe.....

Sí, señor; desde que me levanto hasta que me acuesto no hago más que averiguar vidas ajenas.

Sé que me lo critican; pero cada loco con su tema; y ésto me ha dado muy buen resultado y me ha librado de muchos chascos. El otro día vino uno á pedirme dinero prestado, y qué sorpresa no llevó cuando le dije: ¡Amigo, si Vd. está quebrado! ¿Cómo se atreve á pedirme dinero? Precisamente el día antes había yo averiguado su situación financiera.—Guárdeme el secreto: este individuo es don Cosme, dueño de la bodega *La Manteca*.

—¡El pobre!

—Nada de eso, ¡el diablo, diga Vd! Ese hombre es un bandido que ha arruinado á muchos.

—Pero, don Simón, Vd. es atroz.

—No, soy justo.

No pude resistir más á mi vecino y lo dejé pretextando tener que evacuar unos asuntos.

Pasaron algunos días, al cabo de los cuales lo volví á encontrar en el café *El Chivo*. Estaba con una copa en la mano y me invitó á tomar una *ginebrita compuesta*. No acepté; pero al punto comprendí que don Simón habla mal de todo el mundo, porque lo inspira la *compuesta* con que se rocía el gaznate cada media hora.

He ahí descubierto el origen de muchos chismes.

Huye, lector, de los que toman muy seguido *ginebrita compuesta* en el café *El Chivo*.





HEROISMO

TIEMPO hacía que la necesidad me obligaba á buscar dinero, pues mi estado precario pedía á gritos que me levantara la tapa del cráneo para que el sol hiciera fritura de mis sesos.

Mi amigo Jacobo Calderilla conocía mi crónica arranquera y me había aconsejado la publicación de este libro, pero, ¿cómo hacerlo? ¿con qué dinero? ¿con qué crédito? Ambos *capítulos* estaban completamente agotados.

Era un sábado, día funesto para los deudores. Mi casa estaba rodeada de *ingleses*, y yo, mientras tanto permanecía en el último reducto de la morada. Un negrito hacía la guardia en la puerta para darle el *¡quién vive!* á mis acreedores, diciéndoles á boca de jarro:

—El señor ha salido. — El señor no está en casa. — El señor fué al campo en comisión del servicio. — El señor.....etcétera, etcétera.

Pero así y todo, mis fieros cazadores no abandonaban el *campo de batalla*, ni yo mi obligado escondrijo.

La idea del suicidio cruzó por mi mente; pero yo la dejé seguir su camino.

Estando en esta situación tan grave, se me presenta mi amigo Calderilla.

—Vengo á salvarte—me dice—abalanzándoseme cariñosamente al cuello y poniendo en mis manos ¡cincuenta duros! —¡No hay tiempo que perder, Manolo!.....

—¿Sabes mi situación, Calderilla?—Cien *ingleses* me amenazan, no ya con frases duras, sino con *duros trancos*.....

—Sí, sí; todo lo sé.—Pero á los *ingleses* se les burla ó se les aplaza.

—¿Burlar á un *inglés*? ¿Quién lo logró, querido amigo?

—¿Quién?—Oye este cuento y verás:

—No recuerdo que personaje ni porqué motivo fué sentenciado á muerte en Lóndres. Esperaba la hora de su suplicio, cuando súbitamente se abre la puerta de su calabozo y se le presenta una mujer: era su esposa. —Vengo á salvarte, exclamó ella, ni más ni menos que haciendo lo que yo acabo de realizar contigo, esto es, que se le arrojó al cuello. —Ni un momento tenemos que perder.....los carceleros están comprados.....Preciso es que cambies tus ropas por las mías y que salgas en mi lugar mientras yo permanezco en el tuyo.

El marido rehusa. La esposa insiste y lo convence á que parta, evocando la esperanza de épocas más venturosas. —Date prisa, dice ella. Todo está convenientemente dispuesto para tu evasión. Un buque francés cruza por la bahía y en él irás hasta Francia.

Después de una larga noche de angustias, en la que cada minuto que transcurría sin que ella es-

cuchase el menor ruido le daba la seguridad de que su estratagema no había sido descubierta, la noble mujer se hinca de rodillas y exclama:

—¡Loado sea Dios!—¡El está en salvo!

No bien hubo acabado su acción de gracia cuando se le presenta un sacerdote.

—Vengo, hijo mío, para disponeros á la muerte.

—El hombre que venís á buscar se ha marchado, pero yo estoy en su lugar.

Y ella presenta al *pater* un rostro radiante de ventura y alegría. El sacerdote dió cuenta al Tribunal de lo ocurrido y éste mandó que se pusiera inmediatamente en libertad aquella mujer heroica, la cual se embarcó enseguida para Francia en busca del esposo á quien ella logró salvar.

—Pues, chico,—dije á mi amigo así que concluyó:—tu cuento me ha divertido y tus cincuenta pesos me han entusiasmado; pero no comprendo nada acerca de que yo me vea salvado de esta desesperada situación. No pasa desapercibido para mí tu heroísmo, porque de seguro que esos cincuenta pesos que me ofreces es tu sueldo de este mes que acabas de cobrar, ó sea el pan de tus hijos durante el mes próximo. Pero así y todo, ya te he dicho que no veo en ello la solución que tu pretendes. ¿Sabes á cuánto ascienden mis deudas? A cuatrocientos.....

Mi amigo no me dejó concluir y dijo:

—Quinientos pesos te producirán tus CHISMES y CARCAJADAS, cuya impresión abonarás con los cincuenta pesos que acabo de entregarte. Manos á la obra. Tus *ingleses* te dejarán escapar de este calabozo..... ya yo les he hablado de tu futu-

ro libro, y los he convencido de que sus *haberes* se tornarán en *saldos* si no te oponen resistencia..... Conque vamos á la imprenta: trae los originales... el barco está en bahía; ¡á viaje! ¡Te salvarás!

Yo, lector, seguí los consejos de mi amigo Calderilla. Empeñé el viaje.....pues como lo vez, he impreso mi libro.

Ahora espero llegar á la *Tierra Santa*, á la Francia salvadora, no con buen viento, sino con *buenaventa*, para poder abrazar, digo, pagarle á mi buen amigo Calderilla los cincuenta pesos que me facilitó para la impresión de este libro.

¿Me salvaré, lector?

Esto te lo diré en la segunda edición.





AMOR SUBLIME.

TODAS las tardes Elena acudía á su amenísimo jardín, alfombrado por una capa de flores matizadas, cuyos delicados perfumes embalsamaban el ambiente.

En tan delicioso Edén, Elena daba cita á su amante, único lugar donde podían verse y comunicarse las sensaciones de sus almas enamoradas, pues el padre de la bella estaba opuesto fieramente á esos amoríos.

Elena contaba diez y seis primaveras; su encantador semblante podía servir de modelo á la Diosa de la hermosura, sus ojos azules, de mirada poderosa y atractiva, despedían inmensos destellos de luz, que deslumbraban y fascinaban á cuantos se sentían inundados por sus resplandores; su frente majestuosa, salpicada con sedosos rizos de cabellos rubios, acusaba ser digna de la diadema de una reina ó de la corona de un mártir; su boca era pequeña, y cuando sonreía, dejaba ver la blancura de sus dientes, semejantes á pedacitos de marfil, unidos y tallados simétricamente por la mano de un hábil artista; sus diminutas y alabastrinas manos parecían modeladas por el cincel de Apeles;

su cuerpo esbelto, de formas mórbidas, flexible como un junco y arrogante como una palmera, tomaba unas veces el aire de reina, otras de ángel y otras de deidad. Era, en fin, Elena, un tesoro de belleza, que llevaba en su alma otro tesoro de amor.

Emiliano, que así se llamaba el galán de nuestra encantadora heroína, era un cumplido y apuesto doncel, de veinte abriles, de estatura regular, de cabellos rizados, de ojos negros, de afable trato y de aspecto seductor. Profesaba á Elena un amor profundo y sin límites. Ella, por su parte, le correspondía del mismo modo.

Aquella tarde, como todas, esperaba Elena á su adorado Emiliano en el jardín. Habíase pasado la hora que él acostumbraba acudir á la cita. Ella, no obstante, le aguardaba aún, si bien con marcada impaciencia y sobresalto, porque temía alguna traición por parte de los criados, á quienes su padre había dado ciertas órdenes para cuando viesan á Emiliano por los alrededores del castillo.

A los últimos besos de despedida de la tarde, cuando el sol apenas lamía las cimas de las elevadas montañas y los pajarillos se acurrucaban en su nido, á la par que las flores plegaban su espléndido ropaje y guardaban sus deliciosos aromas, la bella y triste Elena se disponía dejar el jardín temerosa de verse envuelta entre los pliegues de la obscuridad que se aproximaba. Dijo adiós á sus flores regándolas con una lágrima de desconsuelo, y fuese hacia el castillo que, por su aspecto negrozco y sombrío, parecía celda de cautivos ó tumba de esperanzas.

Apenas sus arqueados pies habían pisado las

mullidas alfombras de su elegante gabinete, se le acercó su padre diciéndole con voz ronca y destemplada:

—¡Ya no volverás á ver á Emiliano! Los criados, cumpliendo mis órdenes, le han atravesado el corazón con una lanza, cuando se disponía á escalar las tapias del jardín

Fué tan grande la impresión que causara á Elena las palabras pronunciadas por su padre, que su cuerpo se desplomó sobre el pavimento sin articular palabra alguna.

El padre, que vió caer á su hija, se abalanzó rápidamente sobre ella y la estrechó en sus brazos. Inútiles eran los esfuerzos que hacía para volverla en sí: la había herido brutal y mortalmente.

Llamado por la servidumbre, vino á toda prisa el médico.

¡Ya era tarde!.....

¡El cuerpo de Elena había quedado inmóvil y frío como el mármol!

¡¡Había espirado!!

.....
¡El imbécil y bárbaro padre pretendió separar para siempre á Elena y á Emiliano, pero ellos se juntaron por una eternidad en el regazo de la muerte; y desde tan aciago día, asidos en amoroso y estrecho abrazo, recorren y se columpian en los espacios, gozando de los placeres de la más absoluta y dulce libertad!





MINGUITA.

EL rapto de *Minguita* llevado á cabo hace días en la populosa ciudad de New York por el señor Joaquín Cabaleiro, ha dado y continúa dando mucho juego á la prensa del mundo entero, que se ha apresurado á mandar sus representantes á celebrar entrevistas con la señora Rosalía Abreu, dueña de *Minguita* y con el señor Joaquín Cabaleiro, raptor de la misma (de *Minguita*, no de la señora Abreu).

Revisando los periódicos extranjeros llegados últimamente á esta ciudad, hemos leído algunos artículos dedicados al célebre rapto de *Minguita*, muy curiosos y originales, como lo requieren los adelantos de la información moderna.

Para que los lectores de EL TIPÓGRAFO enseñen sus blancos dientes (si se ríen) vamos á decir algo de lo más sobresaliente de la información de esos periódicos.

El *Takun-Kin-Chokan*, que ve la luz en Pekín, publica una correspondencia de su representante en New York, nombrado *Kachungo*, asegurando que la célebre *Minguita* es mona y no mono como afirman varios periódicos de Europa; y agrega dicho *Kachungo*, que hace próximamente dos meses cun-

plió *Minguita* quince primaveras, encontrándose en la actualidad en la *extra cream* de la flor de su edad. Concluye diciendo que *élla* estaba interesantísima antes y después del rapto.

Le Printemp, de París, dedica kilométricos artículos á este asunto, describiendo minuciosamente los detalles del rapto. No asegura si *Minguita* es macho ó hembra; pero se inclina á creer lo segundo por la terminación en *ita*, como Margarita, Pepita, Conchita, Josefita, Rita, Anita, etc., etc., y afirma que *élla* es joven, simpática y bella como las Cataratas del Niágara.

Un periódico de Lóndres, cuyo título no recuerdo en estos momentos, ostenta en su primera plana el retrato de la bella *Minguita*, sentada muellemente en un sillón á lo Luis XVI, adornado de peluche y guirnalda de flores naturales y recostada su *preciosa cabecita* sobre un pequeño cojín de terciopelo con marcos dorados, y á su derecha una mesita miniatura de caoba y marfil con su tapete bordado de oro y plata, sobre el cual reposa una fuentecita de cristal japonés con media docena de panetelas borrachas.

Los periódicos de New York publican interesantísimos artículos sobre el rapto de *Minguita*, y algunos suponen que Cabaleiro la raptó con el exclusivo objeto de hacer experimentos sobre la inoculación de la fiebre amarilla por medio de mosquitos. Otros creen que Cabaleiro estaba perdidamente enamorado de *élla* y que la raptó para tenerla á su abrigo.

La información más prolija es la que publica un periódico ruso, que dedica seis columnas de vara

y media de largo cada una. Esta información, repito, es la más prolija y contiene infinidad de retratos de las personas que están relacionadas directamente con el rapto de *Minguila*.

Mis lectores me perdonarán que no les diga algo de esta información: hace más de media hora que me están llamando para almorzar y la sopa debe estar completamente fría. Si quereis acompañarme, pasad adelante y tomareis café.

Septiembre 4 de 1901.





CARTA ÍNTIMA.

DESDE VERSAILLES.—MATANZAS.

Querido Manolo :

¿HABRÁ algún ser tan indigno que no ame la libertad? ¡Bien merece, quien así sea, que le pongan cadenas y lo martiricen! Yo te amo. oh, sacrosanta Libertad, dulcísima Independencia! Sí, Manolo, y por eso he despedido á Charles, que era un Tirano, con cajas destempladas. Ya no le amo! y entre los dos no existe nada!

Ambos andamos por distintas vías;
Más todos vamos de la muerte en pos.....
¡Charles, adiós, hasta las tumbas frías,
Hasta entonces digámos ¡adiós!

No sé lo que escribo Manolo, el despecho, la ira, el dolor, no sé, ahogan mi pensamiento. ¡Charles ha muerto para mí, sí! Quiso ser mi Tirano: era muy exigente; y yo, otra Carlota Gordoy, le maté, no, digo, le mandé.....á *freir tusas*. ¡Te repito que no sé lo que me digo!.....

Esta mañana salí de casa como una loca á pa-

searme por la orilla Norte del río Yumurí.....pensaba suicidarme; pero está tan mala, tan intransitable esa orilla, que resolví volverme á casa, no sin antes renegar de los que deben cuidar del ornato público y no lo hacen. Se ha compuesto la orilla Sur de ese río, pero como la Norte pertenece á Versailles, la han dejado quedar como la halló Colón. Al fin, son hombres, y no hay uno que sea justo.

Ya lo ves, Manolo, vuelvo á ser libre; mi corazón no pertenece á hombre alguno; Charles ha muerto para mí. Ven á llorar sobre su.....tumba.

Te espera tu fiel

Gila.





MI VISITA A GILA.

¡LLEGÓ al fin el momento en que yo me hallara en el bonito *chalet*, amueblado á lo Luis XIV y decorado con cuadros y alfombras preciosas, que habita en Versalles la coqueta y encantadora Gila. Heme aquí, lector, *tête á tête* con la simpática damita. Gila como siempre, elegantísima, viste un traje verde-nilo con adornos crema, descotado, medias encarnadas y babuchas griegas, bordadas de oro; peinado alto con peinetillas de oro y carey, y un prendedor formando una estrella de cinco puntas, de brillantes, en la mitad del pecho, preciosa obra de arte que revela el exquisito gusto artístico del que la hizo, el conocido joyero Cándido Montoro. Pero más que la elegancia de su *toilet*, interesa el rostro fresco y ovalado, la boca de clavel y perlas, siempre sonriendo, y los ojos rasgados, vivos, negros y fascinadores que iluminan la blanca y espaciosa frente de la ardiente cubana.

Sentada estaba en un pequeño mecedor de mimbre y reclinada sobre un precioso costurero de palisandro, revolviendo impaciente su contenido; y caían á sus pies flores, cintas, cartas y libros que

ella arrojaba sobre la alfombra, cuando yo entré sigilosamente, pero no tanto que ella dejara de observarme.

—¡Hola! Manolo, cimarrón, falso, ingrato, mal amigo, como todos, al fin hombre! ¿Cómo es que se te vé por aquí?

Me recibe con esta andanada, y yo le contesto:

—Por Dios, Gila, ¡qué manera de recibirme! ¡cómo estás hoy! Confieso que debí visitarte antes; pero no merezco por mi tardanza que me trates así.

—Es verdad, Manolo, dispénsame, es que estoy nerviosa. Figúrate que hace cerca de una hora que estoy buscando un maldito papel..... Pero ven, siéntate á mi lado y hablaremos. Tu grata presencia, Manolo, calmará mis nervios. Tengo mucho que contarte. Toma ese silloncito.

—Bien!... pues ya estoy á tu lado, habla; pero antes permíteme que te diga, Gila, que estás encantadora, que Versailles te ha sentado muy bien, y que si antes no he venido á verte, castigo es y no poco el haberme privado de contemplar tanta hermosura.

—Basta, Manolo; ya veo que no has perdido la maña de ser galante, pero esas frases debías dedicárselas á tu adorada Margarita Penca de Guano..... ¡ja, ja! digo, si es que ya se han reconciliado ustedes, ja! ja!

—Yo no he tenido ningún disgusto con ella.

—No, eh? Ja! ja! ¡Pobre Manolo! ¿Con qué no sabes que Margarita está furiosa? Ja! ja! ja! Pues mira yo lo sé...ja! ja! ja!

—Será algún chisme...

—Tal vez...ja! ja!

—¿Me haces el favor de no reírte más de mí, Gila? Esa risita.....

—Ja! ja! No te molestes, me río de tu candidez; los hombres parecen á veces unos guanajos... ¿con qué ignoras que Margarita te aborrece?

—No sabía nada hasta ahora

—Pues yo, Manolo, lo sé todo.

—Ahora caigo en el por qué Margarita hace muchos días no me habla por teléfono....Gila, dime todo lo que pasa. Tú sabes que yo quiero á Margarita y soy incapaz de darte motivos.....

—Ya lo sé y por eso me río; si los motivos los he dado yo, cometiendo la imprudencia de invocar tu nombre.

—¿Cómo, Gila?

—Sí. Días pasados buscaba yo el modo de despedir al fastidioso de Charles, y á fin de que ella lo despidiera también de su casa, le dije: «bien dice Manolo que tú quieres ser novia de Charles»... Ella se insultó, echó al yankee de su casa, vino á verme después y me juró que no te hablaría más; pero no te apures, yo la hablaré y todo se aclarará. Perdóname, Manolo, no te pongas bravo; lo hice porque estaba neurótica; tú sabes que lo soy.

—No, lo que tú eres es una chismosa.

—Ah! Manolo, no me insultes.

—No, no te insulto, te digo la verdad. Yo también estoy nervioso ahora...

—Bueno, pues que se te pase... Ayl mira, mira, ya lo encontré...lo que buscaba, el papel. Mira, Manolo.

—¿Y qué es eso?

—Chico, ¡esto es sublime! Son unos versos de Charles, que estaba buscando cuando tú llegaste. ¡Quéde barbaridades! ¡Cómo nos reiremos esta noche Margarita y yo! Vé á casa de Margarita esta noche, Manolo. Allí nos reuniremos y ustedes se reconciliarán, yo te lo prometo.

—Bien; pero dame esos versos.

—No, te los daré allá si vas. ¿Irás?

—Sí.

—Pues oye, guárdame este secreto; estoy en relaciones con Martín.

—¿Con Martín el Pescador?

—Sí. Me gusta más que el yanqui. Es.....

—Ya sé lo que es..... (un *bruja* de primera).

—Pues guárdame el secreto y vé esta noche á casa de Margarita. No te pesará; te garantizo un buen rato y muchas sorpresas.

Era ya algo tarde, lector, y me despedí de mi linda y diabólica amiga Gila, con el propósito de volverla á ver esta noche en casa de Margarita y quitarle los versos del desesperado Charles, para publicarlos, y á la vez desvanecer el chisme que tiene á Margarita retraída de mi amistad.

Mientras yo salía del *chalet*, la voz de Gila me acompañaba cantando el Himno de Bayamo.

.....
Llegó la noche, y acudí á la cita. La casa de Margarita estaba llena de alegría. El piano resonaba, y el canto, el baile y el amor hacían de las suyas. No quiero hacer una crónica; pero sí diré que pasé un buen rato, y que logré mi deseo de

adquirir los disparatados versos de Charles, que dicen así:

Yo amarte con locura, vida mía,
Y estar desesperado en la Castillo,
Oyendo uno grillo en mi agonía.

Gila, calma tu rigor
O me vuelve á New York.
Trae tu mano, que mi frente
(Como decía Espronceda)
Arde en un mar de..... aguardiente.
Yo contesta esperando queda.

Charles.

(TABLEAU)





ESTRELLA PARLANTE.

SIGUIENDO su interminable carrera por el éter infinito los múltiples astros que pueblan el espacio, uno de ellos, de antiquísima formación, y con el objeto de hacer menos monótono su eterno andar, se puso á departir con su inmediato compañero que le servía de satélite, diciéndole:

Lamentable es la desconsoladora situación en la que aún están sumidos los seres racionales que habitan lo que ellos llaman Globo Terráqueo.

Yo presencié el nacimiento del mundo á que aludo. En su génesis permaneció por largo tiempo en estado gaseoso, hasta que rodando y rodando por el vacío, fué adquiriendo una corteza sobre la cual aparecieron las plantas y los animales, situándose en los lugares más hondos la masa líquida, producto de los vapores condensados.

Al cabo de muchos siglos y como complemento á la formación terráquea, surgió el hombre, ese sér por excelencia, ese titulado rey de la creación, ese ente racional que con su soberbia se ha encarrado algunas veces ante el propio Dios, Autor del Universo.

¡Ah! ¡qué pobres y míseros son aún los hombres de la tierra! Apenas se agruparon en sociedad formando pueblos ó naciones, cuyos centros deberían representar el tejido fraternal de la especie humana, empezaron las disensiones y rapiñas, y lo que había de ser una obra de solidaridad y amor, se convirtió en un torbellino de aniquilamiento y latrocinio. Tribus contra tribus, imperios contra imperios, continentes contra continentes, guerra permanente y cruel; he aquí la incesante labor de los hombres primitivos, constituidos en sociedad.

Por el estado inculto de los primeros habitantes de la tierra, excusable sería su salvaje comportamiento; pero no así en cuanto á las generaciones que han venido después y han tenido tiempo sobrado para desarrollar el precioso don del raciocinio. Estas siguen por los mismos ensangrentados senderos que les marcaron sus predecesores, como si el lazarillo que las guía sólo conociese el camino del error y de la fatalidad.

Las guerras no han cesado, antes al contrario, en la actualidad son tan frecuentes é injustas como lo fueron en la antigüedad. Los hombres que se titulan expertos y civilizados continúan peleando con el mismo desenfreno y crueldad que peleaban sus ofuscados progenitores. Entre unos y otros no hay más diferencia que las armas de combate. El guerrero antiguo hería al adversario con la pica ó maza, y luchaba cuerpo á cuerpo; el guerrero moderno hiere á mansalva por medio de explosivos, arrojados desde grandes distancias; los guerreros antiguos asaltaban las ciudades escalando sus muros, los guerreros modernos la destruyen á cañonazos;

en los tiempos pasados iban los reyes y la nobleza al frente de los ejércitos beligerantes, en los tiempos actuales los reyes, nobles y poderosos se quedan tranquilamente en sus cómodos y seguros palacios, y mandan á las clases proletarias á que vayan á derramar su sangre en los campos de combate bajo las órdenes de jefes y oficiales, ó sea de gente asalariada que adopta como *modus vivendi* lo que se llama honrosa profesión militar.

Los actuales habitantes de la tierra se hallan tan ofuscados, tienen tan pocas nociones de la verdad, desconocen tanto las leyes de la Naturaleza y han penetrado tan poco los designios del Gran Artífice, que con todos sus tesoros científicos, sus conocimientos en las artes y sus jactancias de humanidad, no han podido romper el tosco período de barbarie que la Historia medirá desde la aparición del hombre sobre la tierra hasta la época presentida y anunciada, en que los hombres todos procederán y vivirán como hermanos cariñosos y no como fieras hambrientas; época que llegará después que los seres racionales hayan destruído de entre sí las causas de sus rivalidades y discordias, nacidas de las distintas creencias religiosas, de haber dividido el mundo en Naciones en oposición al cosmopolitismo y de haber legislado para que haya pobres y ricos en contra del dogma de la Igualdad Social.

Como la estrella parlante se había alejado á una gran distancia, no pudimos oír más, lo que nos obliga á poner punto final á este relato.





FRAGMENTO.

.....
Las olas que en espumoso y blanco torbellino se abalanzan y estrellan en la costa, agrietan las graníticas rocas que parecen desafiar el poder incontrastable del furioso elemento. El huracán violentísimo que en la callada noche, ó á la faz esplendorosa del día, desciende altivo y se desata amenazador, arrasando las fértiles campiñas, deja recuerdo perenne de su obra destructora.

¿No es el amor, á veces, una tempestad moral que desgasta, oprime y acongoja el alma?

Entonces ¿cómo es posible que la memoria del hombre amado un día con pasión inmensa pueda ser arrojado del corazón sin que quede dolorosa y eterna huella?

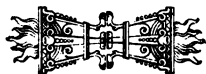
Alguien pensará que no es el amor pasión violenta comparable al sombrío huracán, sino plácido y tierno sentimiento. También el manso arroyuelo que se desliza tímido por entre la espesa arboleda ó la menuda hierba, marca con indelebles caracteres la dirección de su tortuosa ribera.....

Ah! ¿Tú amaste para olvidar? ¡Mentira!

Examina tu alma, registra tu corazón. Tú y yo llevamos las huellas del dolor marcadas, como la grieta en la peña, como la línea de la corriente. Y cuando tu dices: *he olvidado*; y cuando yo digo: *no la amo*, es porque ambos queremos nublar en el espejo de la memoria, esas imágenes que á nuestro despecho representan las tempestades y los placeres de pasados días.

Seamos juiciosos y conformémonos con la ley suprema que nos obliga á vivir unidos por el recuerdo indeleble, aunque aborreciéndonos.

Todo es pasible, menos el olvido!





UNO DE TANTOS.

Así como entre los guerreros hay héroes, entre los católicos fanáticos y entre los cuerdos chiflados, también entre el montón social se hallan entes sabelotodo que se creen gigantes de erudición y sabiduría, tomando al resto de sus conciudadanos como una recua de infelices enanos.

El señor don Crispulo nos servirá de modelo. Háblesele de agricultura, industria y comercio, de filosofía, religión ó moral, de estadística ó política, de astronomía ó cólera morbo y de cuanto atañe al mundo físico y espiritual, no le faltará nunca oportunidad á la tal lumbrera para *echar su cuarto de espada*, y poner en evidencia al que se halle en el uso de la palabra; pues él no se encuentra jamás conforme con lo que otros sienten, dicen y hacen, siendo lo que él expone ó la idea que patrocina ó el plan que propone, la conclusión más autorizada y la última palabra en la materia que se dilucida.

Preciso es que el lector sepa que don Crispulo es también uno de esos que *arreglan el país* con una imprecación, con un hachazo ó con *dos patadas*; y aunque demuestra desdén por cuanto otros hacen,

no le pesa nada de lo que diariamente se publica, y cree saber como piensan todos los hombres de la situación, á donde irémos á parar y cuáles son los que suben y quiénes son los que bajan.

Otra cualidad notable tiene don Crispulo, y es que todo lo prevé. Cuando algo sucede, lo mismo en el terreno de las invenciones que en el de las transacciones comerciales, en el orden de la naturaleza, en el de la sociedad, en cuestiones de familia, etcétera, don Crispulo, al escuchar el relato que de tal ó cual cosa se hiciere, siempre exclama:

—¡Bah! ya eso lo sabía yo y hasta lo había anunciado. Es lógico que sucediera por *tales* ó *cuales* razones.

Preconizado había ya don Crispulo la baja del azúcar, la depreciación que ha poco tuvo el tabaco, la abundancia de mameyes, los desfalcos en el ramo de Correos, las ruinas de algunos por causa del Jai-Alai, el triunfo del Partido de Estrada Palma, la quiebra del comerciante Tal, la muerte del señor Cual, el matrimonio de Fulanita con Ciclanito, la aparición de un cometa y en fin, cuantas cosas trajere ocultas el misterioso Destino.

Crítico mordaz, nigromántico fatídico, sabio cariacontecido, todo lo adivina, sabe y conoce.

No se le hable de valentías, porque él ha sido y es el terror de la ciudad, tampoco se le recuerden las hazañas de César y Napoleón, porque en cuanto á hechos gloriosos no los hay más admirables que los que tiene apuntados en su diario de memorias; no se le recuerde la Historia, porque Cantú era un niño de teta comparado con nuestro

Herodoto; no se le invoque la música, porque en armonías sacras ha mejorado á Mercadante y á Calahorra, y en acordes profanos ha superado á Verdi y á Goschal; ni se le cite la literatura, porque él lo ha leído todo.

Si alguien le dice:—¡Vd. lo sabe todo, don Crispulo!—se infla como pavo que atufa su plumaje, y contesta:

—¿Qué si sé? ¡Vaya, vaya! Pero de nada me sirve, porque los malvados no dejan prosperar mis ideas. De lo contrario ya hubiera yo arreglado el mundo en general y á este país en particular.

—Y ¿cómo, don Crispulo? Esto es, si se puede saber.....

—Yo no oculto nada, amigo mío. Mire Vd. Empecemos por la agricultura: fuera caña, fuera tabaco. Aquí no se siembre más que maloja.....

—¡Don Crispulo!.....

—Sí, señor; maloja nada más: la hoja para los animales y el grano para la gente.

—Pero.....

—No hay peros, así nos quitamos de si suben ó bajan los precios del azúcar y del tabaco. Y pasemos á la industria: fábrica de escobas de

—¿Millo?

—¡Qué millo! de palmiche; fábricas de sogas de majagua; idem de sombreros de yarey; idem de zapatos de vaqueta.....¡y basta! Pasemos á Instrucción Pública: eso se suprime por completo, porque hoy los muchachos *nacen sabiendo*, y los maestros se encuentran en bandadas. Pasemos á Ciencias.....¡si no hay conciencia! ¿cómo ha de haber ciencia? Suprimidas las Universidades y los

Institutos. Y pasemos al Comercio: ¿qué no tenemos harina? Comeremos pan de maíz y lo que producimos, y *pax Christi*.

—Así destruiría Vd. el país, don Crispulo. ¡Es Vd. una especie de bomba de dinamita!

—No, señor; soy un sabio. Vd. no sabe lo que se pesca. El país no se destruye mientras haya quien *siembre*.....

—A propósito de sembrar, don Crispulo ¿qué opina Vd. de mi libro titulado *Chismes y Carcajadas* publicado recientemente?

—A mi juicio, amigo mío, su libro es *muy poco para dos pesetas*

—Me refiero al contenido, á los escritos. Séame franco, Don Crispulo.

—Ese libro no pasará á la posteridad, y en cuanto á la impresión no digamos nada: las letras y el papel son de la peor calidad.

—Pues yo he oído hablar bien de mi libro en todo cuanto á él respecta, don Crispulo, á personas inteligentes en el arte.....

Los que hablan así deben ser esa cáfila de ignorantes que no me consultan nada. En fin, voy á concluir un negocio del cual pende la prosperidad del género humano. Ya verá Vd. una cosa acabada, que será la admiración de tirios y troyanos.

—¿Se trata de alguna telegrafía sin hilos don Crispulo, ó de una nueva forma de gobierno que sea á satisfacción de todos?

—Yo no me ocupo de esas bagatelas.

—¿Es algo más importante que esto?

—¡Ya lo creo, hombre, ya lo creo!

—¿No podría Vd. insinuarme en lo que trata de hacer, don Crispulo?

—Si me jura Vd. la reserva, lo iniciaré en el secreto.

—Juro por lo más santo no decir nada á nadie.

—Pues oiga bien; acérquese..... acérquese más, un poco más..... Estoy dando, amigo mío, los últimos retoques á un nuevo sistema de *Chayotes rellenos* y á cambiar la aplicación de la *salsa de tomate*.

.....

.....

Lector, cuando á tu paso encuentres á un sér como don Crispulo, hazle la señal de la cruz y échate á correr como un perro cuando le amarran una lata al rabo.





¡INJUSTICIA!

Sr. Gacetillero de EL REPUBLICANO FEDERAL.

Muy señor nuestro: El asunto que nos ha movido *eléctricamente* á tomar la pluma, para llamar la atención de Vd., altamente preocupada hoy por la falta de monedas en sus bolsillos, es sumamente delicado, delicadísimo. Se trata de una de las más grandes injusticias conocidas hasta la fecha. Se nos ha hecho una infamia colosal (si así podemos llamarla). Nos han dejado en la calle, abandonados, sin hogar donde guarecernos, sin pan que comer ni ropas que vestir; y lo que es más grave aún; nuestros hijitos que todavía no vuelan solos y que necesitan del calor natural de sus madres, han sido arrojados también con nosotros á la vía pública, sin consideraciones de ningún género y sin principio *ni fin* de humanidad.

Perdónenos un momento, Sr. Gacetillero, que vamos á secar nuestras lágrimas abundantes que acuden en estos momentos á nuestros ojos, impulsados por el mismo dolor que *guataquea* nuestros corazones; cuyas lágrimas, creáenoslo, han surcado

nuestras mejillas de tal manera, que si Vd. nos viera ahora, habría de llorar con nosotros; tal es la profundidad de los surcos que afean nuestro rostro, hasta hace poco, divinos é interesantísimos.

.....

.....

Sí, Sr. Gacetillero, como le íbamos diciendo, se nos ha *arrempujado* para la calle, sin habérselo anunciado previamente, como se hace en los países cultos que, como el nuestro, se respira atmósfera libre.....

El Sr. Alcalde Municipal es el culpable de nuestras desgracias. El es quien nos ha colocado en la última miseria y desesperación. El es el causante de que hoy lloremos nosotros á lágrima viva.....Sí, Sr. Gacetillero; él fué quien ordenó el desmoche de los árboles del frente de la Cárcel y de algunos de la Plaza de *La Libertad*, donde teníamos nuestros hogares; donde teníamos á nuestros inocentes hijitos y consortes; donde teníamos provisiones para todo el invierno; donde pensábamos resguardarnos del ciclón que, según parecer del Sr. Buhigas, piensa visitarnos un día de éstos; donde..... á que seguir, Sr. Gacetillero, si después de todo ya no hay remedio..... ¡No hay remedio posible!.....

Nuestros hogares han desaparecido para siempre con toda la *metralla* que tenían dentro. Todo se ha perdido, si, (menos la vergüenza) pero nosotros queremos hacer público esa infamia que se nos ha hecho, para que la *Historia de las injusticias* lo haga saber á las generaciones venideras.

Damos á Vd. un millón de gracias por la publicación de esta carta, cuyo favor agradecerán eternamente sus seguros servidores que B. S. M. —(Por los gorriones].—*José de la Rama.*—(Por las vijiritas].—*María del Tronco.*

Septiembre 1900.





EL GREPÚSCULO.

EL año tiene sus estaciones, el mes sus faces lunares, las semanas sus días marcados y el día sus horas típicas. De unas de estas horas nos vamos á ocupar, tomando por punto de observación á nuestra pintoresca y artística Plaza de *La Libertad*, antes de Armas.

Sentados sobre uno de sus bancos en la hora que el sol se sumerge en el lejano horizonte para ir á dar vida y luz á otros lugares de la tierra, y proyecta sus últimos resplandores en la cúpula de los altos laureles y arrogantes palmeras y en las cornizas de los soberbios edificios que la circundan, particularmente en la fachada de nuestro bonito palacio de Gobierno, ¡cuántos recuerdos se agolpan en la mente del observador!

¡Oh! Plaza de *La Libertad*, que mil bandas de música te han rendido tributo inundándote de armonías en las noches de retreta; que tus lozas han soportado el delicioso peso de las sílfides matanceras lamiéndoles al mismo tiempo sus diminutos y arqueados pies; que eres el centro de nuestra sociedad, en donde las jóvenes lucen sus hechizos y

los donceles su donaire; que has sido y eres el campo do se libran los torneos de las almas enamoradas, y permaneces como mudo y complaciente testigo de los millones de furtivas miradas que se han cruzado como llamaradas de simpatía ó atracción, de los innumerables suspiros que han sido exhalados por el galán infortunado ó por la dama burlada, y del sin cuento de idilios de fidelidad eterna y de amor ardiente que unos y otros se han prodigado.

Pero aquí no nos proponemos tratar de lo que es nuestra Plaza en las noches de paseo, sino del aspecto que presenta en la última hora de la tarde, hora melancólica y triste, en la que parece se entra en las sombras del misterio ó en la obscura caverna de la muerte, hora que es el prefacio de la noche ó, propiamente hablando, el crepúsculo vespertino.

En tales momentos la brisa va disminuyendo lentamente mandándonos por intervalos, cada vez más prolongados, las últimas bocanadas de su fresco y grato aliento; los pajarillos acuden en tropel á ocupar las ramas de los árboles formando una algarabía tal con sus aleteos y chirridos, que no se sabe si es una riña por ocupar el mejor puesto que ha de servirles de cama, ó son los últimos coloquios de amor como epopeya final del día que desaparece; grupos de angelicales niñas, frescas y hermosas como las flores del jardín, alegres é inofensivas como las aguas del surtidor, se pasean, corren, ríen y cantan, recordándonos que en el mundo todo se rejuvenece, y que si el individuo envejece y muere, la especie humana se reprodu-

ce, florece y progresa; algunos ancianos solitarios se hallan sentados sobre los bancos, con la cabeza baja y sin ocuparse de lo que ocurre á su alrededor, piensan quizás en el hijo que perdieron, en la esposa que los abandonó, en la fortuna que les fué arrebatada ó en el nieto que no ha comido, y de su profunda abstracción no les aparta ni el trote de los caballos, ni el ruido de los coches, ni el repique de las campanas llamando á los creyentes, ni el estallido del trueno que anuncia la tempestad.

Mucho más se observa. Tanto por el ancho enlozado lateral como por las avenidas centrales del jardín cruzan en opuestas direcciones diversidad de individuos con rumbo á sus moradas en donde les espera, para unos, la opípara mesa, para otros la frugal comida y para algunos la completa abstinencia. Ya vemos desfilar á un hombre descuidadamente vestido, que camina con paso precipitado sin mirar á nadie: es un comerciante que viene del almacén ó escritorio, á donde tiene que volver á todo escape después de comer, para trasladar al libro mayor los asientos del libro diario, sumar las ganancias del día y vigilar que nadie le robe los garbanzos y bacalao. Ya se nos presenta la estampa de un individuo que conceptuaríamos como perteneciente á la clase acomodada, si no nos fijáramos en su grasiento sombrero de moda trasnochada y en que su larga levita está desteñida, con abundantes manchas en la solapa y algunos zurcidos en los faldones: es un aspirante de destinos públicos que ha recorrido todos los partidos políticos y ha hecho la corte á todos los magnates, sin que hasta la fe-

cha haya podido obtener una credencial. Vemos también cruzar personas con bultos en la mano: son padres de familia que llevan dulces y juguetes á sus pequeñuelos. Pasan también hombres del pueblo cubiertos de sudor y polvo, con las caras ennegrecidas por el humo del carbón, con sus ropas salpicadas de pintura unos, otros de fango, otros de grasa, llevando todos impreso en su semblante la marca de la fatiga y el desgaste: son trabajadores que han pasado el día en el taller ó en la intemperie para ganar un mezquino jornal, insuficiente á cubrir las más perentorias necesidades de la vida; son esos hombres que agotan su triste existencia emparejados entre el trabajo y la miseria.

Mucho más podríamos decir acerca del variado panorama que ofrece nuestra Plaza de *La Libertad* en la última hora de la tarde; pero como pudiera cansarse el lector, ponemos punto final, pues preferimos pecar de incompletos, que ser cansados.





EL CRUZADO.

RECUERDE el lector el drama titulado *La peste de Otranto*; recuerde la vuelta del Ejército Cruzado á sus hogares europeos, después de los desastres cometidos en la Palestina por buscar y encontrar el *Santo Sepulcro* y otras cosas menos importantes para el mundo y para la Religión Católica. Recuerde el lector aquella tropa infestada de lepras, cólera y otras epidemias que sembraron el terror en todo el viejo mundo, y dieron lugar á que se dictaran órdenes de que fuesen quemados vivos, aislandolos de los pueblos, á todos aquellos soldados que volvían á sus hogares. ¡Un infestado! ¡Un Cruzado! Estas frases daban lugar á espanto y terror en todas partes donde se pronunciaban, como si se dijera ¡la muerte! ¡el cólera morbo asiático! ¡el fin del mundo! Y todo eso pasaba en la época que algunos titulan de las cruzadas y otros de la Edad Media.

Pues bien, lector, actualmente pasa algo parecido en una culta ciudad, cuyo nombre no viene al caso, cuando se dice: ahí viene D. Rabcundo *Pato Macho de la Mancha*. El pueblo huye, se esconde,

tiembla ó se pone en guardia: los palos se levantan, los puños se crispan y los ojos, las orejas y las bocas, se preparan para ver, oír y gustar cuanto malo Lucifer trajo á la tierra cuando cayó del espacio, que de todo es portador, el moderno cruzado, eseapestado del Siglo XIX que ha tenido la suerte de pasar al XX, como un aura tiñosa que pasó el Caribe y se posó en los Andes. ¡Maldito bicho! Marcha como el Judío Errante, acomete como Don Quijote, rebuzna como la Burra de Balaan, danza, baila y canta como un *Clown* y sobre todo ¡oh lector de mi alma! habla, habla como..... ¿Cómo quién diré, Dios mío? Habla, calumnia, difama, despelleja, descuartiza, atormenta con sus saetas agudas, vulgo frases; es la inquisición con sus gárrulas, tornos, garfios y demás similares del garrote y de la horca. ¡Ay! que no tiene comparación D. Rabicundo *Pato Macho de la Mancha*.

Los hombres, las mujeres, los niños, el industrial, el agricultor, el sacerdote, el maestro, el cochero, el.....¡todo el mundo! en fin, sucumbe ante su afilada y kilométrica lengua. Para Don *Rabicundo* nadie es bueno, y así como el gavilán descuartiza al avecilla que caza, él destroza y apura, voraz, reputaciones, créditos, honras y famas ajenas.

¡Huid alapestado! Ahí viene á pasos agigantados, con un chaqué cola de pato, con la cabeza cubierta con una bomba de terciopelo color de ala de cucaracha que está en la muda. ¡Paso al cruzado! ¡Cuidado á lante! ¡No arrempujen! Una sombra lo rodea: la sombra de Lucifer; es su representante en esta sociedad. El pueblo huye despavorido

ante él; los perros ladran como presagiando una tromba que se avecina; el sol (si es de día) se oculta tras las nubes; la luna (si es de noche) hace una mueca feísima y se eclipsa; el alumbrado eléctrico dá *guiñudas*; el gas se apaga y *boca abajo* el Universo entero. Al fin, pasa el fantasma, ó no pasa, sino que entra en el café *El Drake*, apura un *copón*, espeta un discurso sangriento sobre tal ó cual prójimo, hace ruido, *busca bulla* y luego se aleja como un meteoro que deja rastros igneo. Pero ya no marcha como el Judío, ahora va como *Yenye*; ya no murmura sino que escupe por el colmillo: ha dado su primer batalla: la segunda la dará.....¡sabe Dios dónde!

¿Tú quieres seguirlo, lector? No, no lo sigas porque el pueblo te gritará: ¡infestado!

¡¡Paso al moderno cruzado, lejos el contagio!!



ÍNDICE.

	Págs.
Dos palabras	5
Prólogo.....	7
Introducción	13
Tres eran tres	15
Inglés en tres lecciones	21
Un cuento.....	23
Carta perruna.....	25
Un vate del Orinoco ó el amor en verso	29
Vivir es luchar	32
¡Qué Ciclón!	34
Nota instantánea.....	42
Una matancera en las pirámides de egipto.....	45
Plegaria de un avaro	50
El vecino chismoso.....	56
Heroismo	60
Amor sublime.....	64
Minguita	67
Carta íntima.....	70

INDICE.

	<u>Págs.</u>
Mi visita á Gila.....	72
Estrella parlante.....	77
Fragmento.....	80
Uno de tantos.....	82
¡Injusticia!.....	87
El Crepúsculo.....	90
El Cruzado	94

IMPRESA
LIBRERIA Y PAPELERIA

EL ESCRITORIO

Se desempeña toda clase de trabajos, referentes al arte.

